

Fundación César Egido Serrano

**FINALISTAS DEL
IV CONCURSO INTERNACIONAL DE
MICRORRELATOS**



FUNDACIÓN CÉSAR EGIDO SERRANO
MUSEO DE LA PALABRA

IV PREMIO INTERNACIONAL
DE MICRORRELATOS
“MUSEO DE LA PALABRA”
FUNDACIÓN
CÉSAR EGIDO SERRANO

EN LA IV EDICIÓN DEL CONCURSO INTERNACIONAL DE MICRORRELATOS MUSEO DE LA PALABRA-FUNDACIÓN CÉSAR EGIDO SERRANO, EL JURADO DE LOS FINALISTAS HA ESTADO COMPUESTO POR LOS SIGUIENTES MIEMBROS:

- Excma. Sra. Dña. Virginia Greville, Embajadora de Australia.
Excmo. Sr. D. Yuri Korchagin, Embajador de Rusia.
Excma. Sra. Dña. Roberta Lajous Vargas, Embajadora de México.
Excmo. Sr. D. Peter Huber, Embajador de Austria.
Excmo. Sr. D. Paulo C. de Oliveira Campos, Embajador de Brasil.
Excmo. Sr. D. Aníbal de Castro, Embajador de la República Dominicana.
Excma. Sra. Dña. María Mercedes de la Guardia de Corvó, Embajadora de Panamá.
Excmo. Sr. D. Kostadin Kodzhabashev, Embajador de Bulgaria.
Excmo. Sr. D. Antonis Toumazis, Embajador de Chipre.
Excmo. Sr. D. Danko Prokic, Embajador de Serbia.
Excma. Sra. Dña. Jasna Krivosic-Prpic, Embajadora de Bosnia y Herzegovina.
Excma. Sra. Dña. Enikő Györi, Embajadora de Hungría.
Excmo. Sr. D. Pierre Labouverie, Embajador de Bélgica.
Excmo. Sr. D. Thomas Kolly, Embajador de Suiza.
Excma. Sra. Dña. Yuli Mumpuni Widarso, Embajadora de Indonesia.
Excmo. Sr. D. C. van Rij, Embajador de los Países Bajos.
Excmo. Sr. D. Musa Amer Odeh, Embajador de Palestina.
Excma. Sra. Dña. Hissa Abdulla Ahmed Al-Otaiba, Embajadora de Emiratos Árabes.
Excma. Sra. Dña. Cecilia Julin, Embajadora de Suecia.
Excmo. Sr. D. Svjetlan Berkovic, Embajador de Croacia.
Excmo. Sr. D. Excmo. Sr. Mohamed Alfaqeh Saleh, Embajador de Libia.
Excmo. Sr. Paulo da Silva, Embajador de Guinea Bissau.
Excma. Sra. Dña. Purificación Angue Ondo, Embajadora de Guinea Ecuatorial.
Excmo. Sr. D. Francisco Bustillo Bonasso, Embajador de Uruguay.

VARIOS AUTORES

IV PREMIO INTERNACIONAL DE MICRORRELATO
“FUNDACIÓN CÉSAR EGIDO SERRANO-
MUSEO DE LA PALABRA”

© Fundación César Egido Serrano
C/ Maldonado, 65. Esc. B, 1º Izqda. 28006
Madrid (España)

De la foto de cubierta: José Roldán.
<http://www.panoramio.com/user/5607935>

PRÓLOGO

Después de cuatro convocatorias del Concurso internacional de Microrrelatos Museo de la Palabra que convoca la Fundación César Egido Serrano, podemos decir con orgullo y humildad que el certamen se ha convertido en una referencia de proyección internacional indudable. En esta edición los relatos presentados al certamen han sido 35.609 provenientes de 149 países.

Estas cifras suponen un éxito indudable del que nos sentimos legítimamente satisfechos. Y no solo por el grado de participación o por que el premio suponga el certamen literario mejor dotado por palabra del mundo, sino porque la participación masiva desde prácticamente la totalidad de países de nuestro planeta supone también que hemos alcanzado los rincones más recónditos en los que depositar el mensaje de la Fundación César Egido Serrano que no es otro que propagar que la palabra sea la herramienta para conseguir la convivencia entre culturas, religiones, ideología...

Nuestra pretensión no es una fantasía ingenua. Somos conscientes, muy conscientes, de que vivimos en unos momentos potencialmente trágicos, solo hay que atender cotidianamente a los informativos de los medios de comunicación. En la naturaleza del ser humano se tean arrebatos violentos, las guerras han sido —y lo son— una constante en el mundo desde la aparición de los hombres y, en estos momentos, el poder mortífero de la tecnología multiplica esta amenaza hasta

convertirla en una posibilidad cierta de extinción de la especie.

Esto es así, no queremos engañarnos, pero también es cierto que el hombre cuenta entre sus capacidades la del diálogo. Y con él, con el poder de la palabra, se pueden resolver conflictos de una manera más efectiva y duradera. La palabra resuelve los problemas sin dejar resquicios de resentimiento o de rencor.

Esta idea no es una realidad, es un deseo, y a fuerza de impulsarlo crece, se extiende. Por eso nuestra idea (utópica sí, pero no ingenua) siempre ligada a la convocatoria del concurso supone una forma de que se vaya transmitiendo a más y más personas, en más y más países.

Porque si la Historia ha sido abundante en conflictos violentos, también ha dejado muestras y claros ejemplos de que esto que decimos ha sido posible. Habría que recordar a Gandhi o a Mandela (figura a la que hemos dedicado esta convocatoria) que lograron priorizar el diálogo y el entendimiento por la palabra en escenarios de una violencia feroz.

Nosotros seguiremos en ese afán, sabemos que si ya fuera una realidad no seríamos necesarios. Por eso estamos aquí con estos finalistas del concurso como muestra de que los proyectos como el nuestro se expanden con una fuerza imparable.

CÉSAR EGIDO SERRANO

PROLOGUE

After four Flash Fiction Competitions, from the Museum of Words organized by the César Egido Serrano Foundation, we can proudly say that the competition has had an undoubted effect internationally. In this year's edition we have received 35.609 story entries from 149 countries.

These figures prove an undoubted success of which we feel genuinely satisfied. And not only for the number of participants or because the prize awarded is per word the highest in the world, but because the huge participation from almost the totality of all countries of our planet supposes also that we have reached the most remote corners in which to entrust the message of the César Egido Serrano Foundation that is none other than to spread the word as a tool to encourage coexistence between cultures, religions, ideologies...

Our aspiration is not an ingenuous fantasy. We are aware, very aware, that we live in some potentially tragic times; one only has to view the media from day to day. Violence is a part of human nature, wars have been –and still are– a constant in the world since the beginning of humankind, in today's world the deadly power of technology multiplies the threat to the extent of making it a true possibility that the species could become extinct. This is a fact, we do not want to mislead ourselves, but it is also true that people have the ability to use dialogue and with it, the power of

words, so conflicts can be resolved in an effective way. Words solve problems without leaving glimmers of resentment or rancour.

An idea is not a fact, it is a desire, and by means drives it, grows, and expands. That is why our ideas (utopian yes, but not ingenuous) are always linked to the contest so that ideas are spread to more people in more countries.

Because if history has been rife with violent conflicts, it has also left evidence and clear examples of what we are saying is also possible. We should remember Gandhi or Mandela (leading figure of who we have dedicated this contest) who managed to prioritize dialogue and understanding and the use of words in violent times.

We will continue with eagerness, we know that if it was already a reality we would not be necessary. That is why we are here with these finalists as proof that projects like ours expand with unstoppable strength.

CÉSAR EGIDO SERRANO

RELATO GANADOR

OYSTERS

EMILY RABOTEAU. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

I often stop on my way home from midtown meetings at the Oyster Bar in Grand Central Station for a plate of six Blue Points on ice. Yesterday a young mother sat beside me at the counter, eating a bowl of clam chowder with her infant in her lap. I smiled at the baby, who threw a spoon on the floor. The woman was spent. "I look forward to the day I can eat alone with a book," she said. But I was looking backward. The baby I lost, small as an oyster, would be eighteen had she lived.

ACCÉSITS

NO ESCAMPA*

ÓSCAR DARÍO GÓMEZ GÓMEZ. COLOMBIA

Cuando tú no estás y la selva te ha tragado, me la paso recogiendo el agua de todos los lugares en que te busco, agua de mar y de arroyitos, agua que bebo y que me moja, la recojo en baldes rojos que pongo en el patio de atrás. Cuando tengo suficiente, meto la cabeza en cada uno de los baldes para besar todo el agua que recogí. Luego le pido al sol que se la lleve y la deje caer sobre tu casa, esperando que salgas y mi agua te pueda besar... notarás que no escampa.

*Original en lengua española

RIGA*

MIRA KAUFMAN, ISRAEL.

Parpadeos de un tren rugiendo. Descargando, alejándose, la lluvia de disparos, la costura de las máquinas, piedras rústicas amontonadas, muñecas agrupadas, una escultura de piedra gigante que se arrastra a sí misma desesperadamente. Riga es una ciudad linda. Aquí, bajo el tierno pasto, en un marco cíclico perfecto, fueron enterrados, más o menos, tal y tal miríadas.

*Original en lengua hebrea.

SIMILITUD

SUAD SULAIMAN, EGIPTO.

Me estrujó el pánico cuando pasaron los carros sobre su pequeño cuerpo, como si fuera ella un personaje de dibujos animados, ella se incorporó sonriendo sin intentar huir esperando más choques, y después de traspasarla miré hacia atrás y observé sus rasgos, ¡Ella se parecía totalmente a mí!

*Original en lengua árabe.

FINALISTAS

LOS CELOS

GABRIELA AGUILAR. GUATEMALA

Me mantenía escondida bajo la colcha de tu cama, cubierta con ropajes gruesos. Los celos, sabes, ejercen presión sobre las chamarras: charcos de agua seccionados en cada uno de los recuadros del edredón. Tu lengua dando vueltas siempre por la misma cuadra y de regreso a casa, a la del mártir, víctima del universo, que ha puesto a cada uno de sus componentes en tu contra. Se han reunido todos a escondidas y hacen un plan para satirizarte. Incluso las hormigas, cuando trabajan en equipo, quieren quitarte tus migajas. He escuchado sus murmullos y ellas también, como yo, te detestan.

CANSANCIO

PABLO MARÍA AGUIRRE AYERBE. ALEMANIA

El trabajador cansado estaba abatido. Con la ropa manchada, las manos llenas de heridas y la boca seca, miraba por ventanilla del tren. Se preguntaba por qué no se preguntaba nada. Le encantaría una cama eterna y dormir para siempre. Eso o un trago de agua. Le dolían las piernas de estar tan solo, le dolían los brazos de no quejarse, quería descansar. Descansar y que lo acariciaran de una vez.

PENDONES

ROSA MARÍA ALCALÁ ESQUEDA. MÉXICO

¡Qué extraños pendones adornan la ciudad! Desde mi ventana los contemplo, sin dilucidar su contenido. ¡Qué raro! Ayer no había. Hoy la ciudad luce desierta. ¿Qué día es? Estoy atolondrado, sin saber qué día es, ni a cuál santo encomendarme. Tengo modorra, quizá duerma otro rato. Prendo la TV, esa maña que tengo de salir «bien informado». Nada nuevo. Lo de todos los días. Estamos tan acostumbrados... Los cárteles mataron y colgaron a 35 hombres en Avenida Central, para que sepamos que van en serio. Bueno, ahora sé que no son pendones. Estando todo en orden, ¡a descansar!

UNICORNIOS

MARINA ALONSO GÓMEZ. ESPAÑA

Los unicornios no existen, Tomás, le dijo la madre a su hijo. Tomás, apenado, regresó a su habitación. Lo siento, pero los unicornios no existís, le dijo al unicornio que vivía dentro de su armario. Y el unicornio desapareció.

EL SILENCIO

ROBERTO ALONZO FIGUEROA. VENEZUELA

Lucrecia recogía maíz. Hace poco fui a su cuarto y le había nacido dos espiguitas en el pecho. Pensé que era mentira, pero ahora ella es una mata grande que está sembrada en el patio.

SUERTE

BELÉN ÁLVAREZ ESPADA. ESPAÑA

Supo entonces que la casa no estaba vacía. Llevaba días encontrando cosas que él no había dejado: migas en el sofá, un CD que no había estado escuchando, pelos largos en la ducha,... pero esto ya era una prueba irrefutable: en la cocina una mujer quitaba la ropa de la cuerda asomada a la ventana. Llevaba una bata rosa con pequeñas flores y zapatillas de lana, tenía el pelo recogido con una pinza. Él se quedó sin moverse, mirándole, entonces dijo:

—¿Un huevo frito o dos?

—Uno —contestó ella sin volverse.

Sonrió, llevaba demasiado tiempo solo.

EL CRIMEN

JAZMÍN ARAGÓN. MÉXICO

—¿Señas particulares?

—Le falta el lóbulo de la oreja izquierda —dijo mientras lanzaba el pedacito de carne sobre el escritorio.

LOS OJOS DE MI MADRE

RAÚL ARAGONESES LILLO. ESPAÑA

Los ojos de mi madre nos libraron del hambre. Desde que mi padre se marchara de casa para siempre, mi madre había comenzado a llorarlo todo. Bajo sus párpados aquella primavera terminaron formándose dos profundos lagos, a cuyas orillas iban tranquilos a beber ñus, gacelas, cebras e impalas. Allí pacientemente ella nos enseñaba a leer y escribir sus nombres, y cazábamos juntos la presa del día. El primer invierno los lagos se helaron. Fue entonces cuando mi hermana comenzó a patinar sobre ellos, y cambió nuestra suerte.

AMANTES

JUAN MIGUEL AREVALO MOYA. CHILE

Luego de un breve beso a su marido, Eva le dijo que se marchaba ese día. Una noche, Jehová reveló discretamente a Adán la nueva dirección. Allí fue, y con la nariz pegada a la ventana, vio con horror como su ex retozaba con la maldita serpiente, que había abierto las puertas del pecado a su casta esposa. Sin más, Adán avanzó hacia la amante serpiente que murió estrangulada entre sus manos. Cogida por los cabellos, Eva fue obligada a entrar nuevamente en el paraíso celestial. Jehová por su parte, quizás por precaución, había ya derribado el gran manzano.

EL LABIO

LAURA ARNEDO LAFUENTE. ESPAÑA

Empezó a morderse el labio y acabó engulléndose a sí misma. Sobre las baldosas solo quedó un labio rojo, muy rojo, quizá algo más grueso de lo normal.

TARDE DE PESCA

RENÉ RICARDO DE LA BARRA SARALEGUI. CHILE

Arrojó el anzuelo nuevamente, con displicencia, y con la misma displicencia, contempló su reflejo en el agua mansa. Esperó a que el sedal se tensara y, sin la mayor emoción, lo recogió, sabiendo que salvo un ligero pataleo, no habría lucha: la pesca de hombrecitos lo aburría, en especial porque era siempre enganchaba al mismo: aquel que lo miraba desde el otro lado del agua, después de arrojar el anzuelo, con displicencia, y esperaba, con la misma displicencia, a que el sedal se tensara nuevamente.

BUEN VIAJE, MAMÁ

ALICIA BARRAGÁN HERRÁN. ESPAÑA

Ponte tus mejores zapatos de tacón. Saca de tu armario el más escotado y bonito vestido que tengas. Píntate los labios y las uñas de rojo fuego, como a ti te gusta. Peina tu pelo dejando caer un mechón sobre tu frente, para que él lo aparte. No han pasado los años, tan solo la vida. Al final del camino él te está esperando para bailar.

ACCESORIOS

GERMÁN BARTIZZAGHI. ARGENTINA

El vendedor le había advertido: «es un automóvil familiar», pero él lo desoyó. Ahora era tarde para reintegros; la extraña mujer y sus pequeños arrellanados en las butacas traseras le pertenecían tanto como el cero kilómetros. ¿Qué hacer con esa gente? ¿Podría mantenerlos? ¿Llegaría a enamorarse de la pelirroja? «Siempre te creí soltero», reaccionaban sus conocidos, y él apenas atinaba a sonreír. Increíblemente, en pocos meses resultó un padre casi ejemplar. Pero en Navidad, tras confiarles que su ascenso no llegaría, que no podría obsequiarles un coche nuevo, halló la nota: «sentimos abandonarte, mas no somos familia de usados».

SUEÑOS

PEDRO BAZÁN. ARGENTINA

Y mientras llueve, la semilla se sueña árbol.

EDIFICIO

YAMILA BÈGNÉ. ARGENTINA

El primero se asomó al balcón del quinto piso. El vecino de enfrente dijo que lo vio caer. Pero, en el patio de la planta baja, nunca encontraron el cuerpo. El segundo saltó desde el séptimo. Su hijo vio cómo se soltaba de la baranda y caía, casi sin querer. Abajo, después, no lo pudieron encontrar. Ni una gota de sangre. El último esperó tres segundos antes de saltar desde la ventana del décimo. Su mujer llegó a saludarlo antes de que se soltara por completo. Apareció en la vereda, sin vida pero intacto, cinco horas más tarde.

METAMORFOSIS

LAURA BELL-OCEJO. AUSTRALIA

A mi abuela se le han caído las pezuñas y le han salido alas de mariposa. Le esperaba mi abuelo sentado en la hierba, con la espalda apoyada en la puerta del cielo, entre ansioso y atemorizado; cuando llegó la caricia. Lúcido. Los dedos de seda de su mujer reconociendo su pelo de nieve. Cerró los ojos y pensó que así le habría gustado morir.

PRUEBAS

FELIPE ANTONIO BORRELLA VAQUERO. ESPAÑA

Frente al cadáver, el Inspector Martínez enumeró uno a uno los pasos de su rutina particular. Primero se ocuparía del arma homicida, un cuchillo de grandes dimensiones que le llevaría poco tiempo. Después de los restos biológicos, algo que le entretendría bastante más. Tras el protocolo con las huellas y los efectos personales del atacante daría por finalizada su tarea en el domicilio. Lo metería todo en una gran bolsa de basura y la depositaría en un contenedor en la otra punta de la ciudad. Sólo faltaría ya dar con un pardillo que se comiera el marrón.

LA QUERMÉS

ELENA ADRIANA BOSSI. ARGENTINA

Todos los años, mi escuela organizaba una quermés. Aquella noche, mamá compró dos números para la rifa de una muñeca vestida de campesina. Disparamos con poca puntería a unos patos de lata y olvidé por completo el asunto de la muñeca; pero mamá insistía en que no debía hacerme ilusiones. Intenté tranquilizarla: yo nunca había pensado en ganar nada. Después sucedió que salió el número y la muñeca estaba en mis brazos. Yo era muy chica, tendría siete años, pero recuerdo que pensé en alguna conexión extraña entre ganar rifas y el deseo de mi madre.

EL ESPEJO DE FILLOY

FERNANDO DANIEL BRUNO. ESPAÑA

Jugando a las bolitas, la conversación derivó hacia la casa abandonada, la que había pertenecido al viejo Filloy. Se torearon sobre si se animaban a entrar saltando la reja, y decidieron hacerlo. En cuanto sus pies se apoyaron en los yuyos del patio notaron algo extraño en el ambiente; de todos modos, caminaron resueltos hasta la puerta de la casa. Cuando la abrieron, lo primero que vieron, en la pared enfrentada, fue un ruinoso espejo... ..espejo ruinoso un fue enfrentada la en vieron que primero lo abrieron la cuando...

ALIMENTOS

ADRIAN BUITRAGO GONZÁLEZ. ESPAÑA

Ladra el despertador y los pájaros discuten sobre el bosón de Higgs. Bajo por el caracol hasta el tercio de comer, donde mi unidad maternal me espera con mi alimento natural para el inayuno, hojas encuadernadas que versan sobre temas varios. Cómete tus libros o no sales, dice mi unidad maternal. «Libros». La pobre no puede metahablar y araña el no-ruido del tercio con vocablos vulgares como «libros», mas es mi unidad maternal y debo procesar filia no romántica hacia ella, por lo que debo hacer la vista obesa. Tomo asiento y comienzo a sugerir mi sustento alimenticio.

INDUMENTARIA

CARLOS JAVIER CAMACHO CASTAÑO. EL SALVADOR

Sacó una sábana del clóset de la ropa blanca y se lanzó desde el balcón a reunirse con todos sus fantasmas.

CULPABLE

ROCÍO TIZÓN. ESPAÑA

Creo que fui yo quien desató sin querer la oleada de suicidios que sacudió mi edificio. Pero juro que fue una broma. Sólo metí en cada buzón una nota escrita a máquina en la que decía «Sé lo que has hecho».

EN EL ANTEJARDÍN

SOLANGE CANDIA BUROTTO. ESPAÑA

Roky, el perro, le movió la cola y se alzó en dos patas para saludarlo con un espontáneo lametazo. Se abrió la puerta de la casa y María lo quedó mirando «te puedes llevar a Roky, te extraña, será porque a él no lo maltrataste», dijo y cerró la puerta. La sonrisa se le congeló a Jorge y cogió de la correa al perro y lo subió a su coche.

CUBIERTOS

FABRICIO CAPELLI. BRASIL

La mujer pone con irritación el plato de comida sobre la mesa. Linares sabe que ese simple gesto inicia el rito del almuerzo, esa incomodidad que ambos deben soportar. Linares agarra instintivamente el cuchillo y lo aprieta con fuerza. De pronto su mujer lo mira. Lo desafía. Linares baja los ojos y los posa en el plato de comida. Deja el cuchillo y baja la mano. Tiene toda la palma transpirada. La pasa varias veces por la superficie del pantalón, y continúa aún después de que la mano está seca, como si se calmara a sí mismo.

EN GENERAL

CELINA CAPOROSI. ARGENTINA

Mi Mamá y yo nos hablamos despacio, a ella no le gustan mis frases rápidas ni como mi boca se atora con la r. En general en el silencio nos entendemos y cuando mejor hablamos ella cocina y yo dibujo. A veces, no siempre, solo cuando Mi Mamá me mira fijo, yo me vuelvo transparente y es muy común cuando eso pasa que adopte el color más cercano.

PAN CON MORTADELA

YAZMÍN CARAM. CUBA

Llega al hogar con pan y mortadela para aplacar el hambre hasta tanto regrese su esposa. Camino al baño, percibe los gemidos en la alcoba; se tensa y busca su yatagán. Observa el tatuaje en la mano que empuña el arma: hay fronteras que no cruzará nuevamente. Se aleja y prepara emparedados con el mismo cuchillo. Pasado un tiempo y medio, murmura como para sí mismo: Merienden antes de irse, afuera hace frío. Luego friega el cuchillo cariñosamente.

CABEZA TESTARUDA

ROSA CARBALLO VENEGAS. COSTA RICA

Hoy mamá va a probar con la pistola de silicona caliente. La cabeza sigue insistiendo en despagarse de la madera que cuelga de la pared. Desde que mamá se volvió vegana las disputas entre ella y papá aumentaron. Ella lo amenazó con tomar medidas radicales si no abandonaba la cacería, pero él salió al inicio de temporada como de costumbre, con botas y escopeta. Poco a poco nos hemos acostumbrado a tener a papá todo el día en casa, tomando el lugar que por años ocupó la cabeza del venado.

LA SOMBRA

JHON EDGAR CASTILLO CADENA. COLOMBIA

Un hombre camina por la calle. Las farolas de los postes lo observan. Su luz pesa como lluvia. Tropieza con las sombras de los cables y cae. Se escucha un golpe. Una rata asustada vuelve a la alcantarilla. Su sombra lo mira a los ojos. El hombre lo sabe, es un peso para su sombra. Un auto se acerca a sus espaldas, le dispara una carga completa desde sus farolas delanteras. Su sombra huye de él, la ve irse lejos. Crece, se va. Se oye un pito, el auto se acerca. Su sombra corre, se marcha y nunca vuelve.

CONVIVIENTES

PATRICIA CASTILLO CÁRDENAS. ESPAÑA

Convivientes, les llamaron. Pasado el primer espanto, nos acostumbramos a su piel lechosa, su falta de ojos y su presencia inocua. Nada hacían, nada decían. Sólo andaban de un lado a otro, como sombras sin dueño que pasean todo el día. Parecían gente, pero no humanos. Un día llegó el rumor del exterminio. Una mujer juró haber visto a uno sonreír. Un niño dijo que otro le devolvió la pelota. En la prensa dicen que uno se acercó a un hombre y le dijo en susurros: «Tengo cosquillas». Aniquilaron a los convivientes en cuestión de días.

LA MUJER QUE NO ERA MARÍA

PATRICIO ULISES CERMELE. ARGENTINA

Mientras le susurraba que seguía anclado en María, que era francesa como ella, le mostraba, a la mujer que no era María, la foto de ella que tenía en la billetera; que no estabas en Argentina, le contaba en la mesa de ese bar a la mujer que no era María. Y entonces todo quedó ahí. No hubo más palabras y nada volvió a ser igual: cuando había decidido que era lo último que diría, embargado por la depresión que sería olvido, al hombre que hablaba con la mujer que no era María le tocaron el hombro. Nunca supo quién.

EL HOMBRE CRECIENTE

JORGE CHÁVEZ MACKAY. MÉXICO

Guillermo amaneció con los tobillos fuera de la cama. Se levantó para vestirse en preparación de una jornada laboral. Entró a la cocina a desayunar, agachando la cabeza para evitar pegarse con el marco de la puerta.

—Cielo, se están haciendo pequeñas las cosas de la casa, hoy mis pies ya no cabían en la cama.

—Memo, no digas tonterías.

—Mira, ya no quepo en esta silla.

—Estas alucinando, apúrale, no quieres retrasarte.

Laboriosamente se levantó, dirigiéndose al vestíbulo, doblando las piernas para salir de la cocina, atravesando la sala en dos zancadas, saliendo de rodillas por la puerta principal.

ESPEJOS

JUAN CARLOS CHÁVEZ REYES. MÉXICO

Intentando ocultarse de la policía, el asesino entró a la casa de los espejos, sólo para darse cuenta de que era un laberinto sin salida. Afuera se escuchó únicamente un disparo. Adentro fue una masacre.

PLANES FALLIDOS

JAIMÉ ANDRÉS CIFUENTES ESPINOSA. COLOMBIA

Fue cuando le avisaron a Cristóbal Colón, que habían divisado tierra, cuando supo que su plan de caer al vacío en el fin del mundo con hombres impíos, había fracasado.

DE RANAS Y DE HOMBRES

DANIEL CLAUSEN. URUGAY

Quise hablarle y croé.

ZOO LÓGICO

RICARDO VÍCTOR CLERICI. ARGENTINA

La niña recorre el zoo de la mano de su padre. Ahí pueden ver al gran tigre triste, cautivo en su escueta prisión. La niña aprieta la mano de su padre y luego le comenta:

—Creo que el tigre cachorro debió ser todo amarillo, pa, y que las rayas en su piel son marcas de las sombras de esas rejas.

El padre asiente con sonrisa bucólica y mirando de soslayo su camisa a rayas, aprieta la manita de su hija en pos de seguir su paseo, hasta la próxima jaula.

RUTA

FERNANDO COLLAZO. ARGENTINA

Ve las nubes que se agitan, ve los restos del automóvil, ve la ruta solitaria. No escucha nada, no siente las piernas. Su boca está reseca, no sabe cuánto tiempo lleva así. Siente un brazo atrapado entre los hierros retorcidos, un líquido espeso resbala por su ojo izquierdo. Por fin, siente que algo roza su mano derecha, comprende que vienen a rescatarlo, ¿cómo lo habrán encontrado? Un dolor agudo en la mano, ya siente el movimiento a su alrededor. Piensa cuánto tiempo le llevará recuperarse, se pregunta si volverá a caminar, mientras los perros comienzan a devorárselo.

LA VERDAD SOBRE
EL HUNDIMIENTO DEL TITANIC

LEONARDO FRANCISCO COLONNA. ARGENTINA

Deslumbrado, el mar también quiso subir a bordo.

EL ÁRBOL

CLARA CORTÉS MARTÍN. ESPAÑA

Todos le decían qué tenía que hacer con su cuerpo, así que decidió plantarse un árbol en el ombligo. No fue uno normal. Le dijeron que nunca nacería algo en un lugar como ese, porque no era una especie preparada para sobrevivir al ambiente. Decían que los otros árboles estaban adaptados a las condiciones del medio y que la competencia le mataría, pero no le importó. «Este árbol me recuerda a mi casa», fue su respuesta. Cuando ella murió, cien años después, su árbol era el más alto del bosque y daba sombra sobre su tumba.

NOCTURNO

MARÍA VALERIA CORREA FIZ. ITALIA

Adoro tu ropa como si fuera tu piel. Tus corpiños vacíos, las medias desinfladas, los vestidos —todos, hasta el de plumas rosas por el que tanto discutimos—. ¿Tenías que mostrarte así, ser el flamenco del deseo también para los otros? Había decidido regalar todo lo tuyo, pero no estoy listo. Y anoche volví a hacerlo. Me acosté con tu abrigo rojo. Aún conserva un poco de tu olor salvaje en las solapas. Abotonado hasta el cuello no quiso abrirse en toda la noche y yo, que deseaba tanto entrar en él, me he portado como un perfecto caballero.

VOLUNTARIOS

MIGUEL CUENCA ADAM. ESPAÑA

Los ancianos no hablan entre sí, no se miran a la cara. Todos conocen la tarea que deben realizar. Son voluntarios. Y no tienen miedo. Solo certeza, la certeza de la muerte. El trabajo es sencillo, aunque pesado para sus flácidos músculos y viejos huesos. Cargar los cubos y depositar su contenido allí abajo. Tantas veces como puedan. Tantos días como aguanten. Los ancianos no hablan entre sí, no se miran con sus ojos rasgados. Pero comparten todos ellos un único pensamiento: «Hay que sellar el reactor».

TIC-TAC

MARÍA CAMILA CUENCA ORTIZ. COLOMBIA

Su hermana mayor le había dicho que las patas daban buena suerte, así que persiguió al conejo blanco hasta lo más profundo de su madriguera y por eso la policía nunca encontró su cuerpo.

EL AMIGO

ITZAMAR NATALY CUERVO LÓPEZ. COLOMBIA

Todos los días lo consiento, le doy un trozo de pan con mantequilla y lo sujeto con una soga a la pata de mi cuna, todos los días le narro un cuento y le doy las buenas noches, le cobijo cuidadosamente y le presto mi osito de compañía. Mi vida se ha partido en dos desde entonces, nunca pensé lo difícil que es atrapar el monstruo que habitaba debajo de mi cama y más aún mantenerlo escondido de mamá.

HAMACAS

MATÍAS DALVARADE. ARGENTINA

En verano, desde el comedor del departamento, podía escuchar el chillar de las hamacas. Cada tanto, se asomaba al balcón y se quedaba mirando cómo las mujeres empujaban a sus hijos, en medio de la plaza soleada. De noche, cuando ya no había más nadie, cruzaba a la plaza y se ponía a empujar una hamaca vacía.

LA BESTIA

ELENA ISABEL DELGADO CRUZ. ESPAÑA

Se creía bendito hasta que una noche de luna llena se encontró convertido en una bestia horrible. Su nueva naturaleza, imposible de dominar, le abocó a hacer el mal allá por donde vagaba. Cuando amanecía tornaba a su forma original. Un día, saturado de remordimientos, se acercó a su padre y le dijo: Padre, tengo que confesarle algo que tortura constantemente mi conciencia. Los ojos de su padre lo miraron expectantes. Padre: soy un hombre, dijo bajando el hocico.

CANELA

FABIAN DORIGO. ARGENTINA

Se murió la Canela

—Qué tristeza hermana... ¿Cómo están las nenas?

—Me imagino... Y bueno, ya estaba viejita la pobre.

—Me acuerdo... Carlos la trajo cuando nació Agustina

—Y sí... Es que no viven mucho tiempo.

—Yo por eso prefiero no tener ninguna en casa...
Sí, porque los niños se encariñan y después hay que explicarles.

—¿Vas a buscar otra? ¿Te parece?

—Pero no hace falta tenerla en tu casa. Hacé como yo: que vaya temprano, planche, limpie, te prepare la comida y después se vuelva.

—Es mejor así. Por las nenas ¿viste?

EL SOFÁ

MARIO DUPONT TURKOWSKY. ESPAÑA

El sofá que encontramos en la calle no cabía por la puerta. Lo cual fue, honestamente, un poco decepcionante. Era muy cómodo y posiblemente de cuero. — Para saber si es cuero —comentó un vecino—, basta con quemarlo un poco. Si prende, no es cuero de verdad. De todas formas no había manera de meterlo en la casa. Pensamos en cortarlo en dos partes, o al menos serruchar las pequeñas patas. Al final nos rendimos. Pero, extrañamente, sentimos una especie de victoria. Sentados, en un sofá, muy posiblemente de cuero, en la calle, saludando a los vecinos que nos sonreían.

ORDEN

ÁGEDA PILAR ENET. ARGENTINA

Durante altas horas de la madrugada, un hombre apila y ordena las numerosas cajas y carpetas que invaden su ático. Desconcertado, por un movimiento extraño que capta por el rabillo del ojo, su mirada abandona el papelerío del piso y se traslada hacia la pared que tiene enfrente. Observa, enmudecido por el horror, que su sombra le contradice.

VENGANZA

LUIS ALEJANDRO ESCAÑO MANZANO. ARGENTINA

«¿Despertaste Monterroso?», se relamió el dinosaurio.

CEREMONIA

GUSTAVO ESMORIS BARRIOS. URUGUAY

A veces, la mujer tiene que guardar bajo llave ciertos objetos metálicos, en especial los cuchillos, antes de que —respondiendo al magnetismo que su tristeza suele provocar— se proyecten velozmente sobre ella. Solo deberá dejar, para que pase rápido, aquello que cumpla con la necesidad que su cuerpo se ve obligado a asumir, esa especie de descarga a tierra que la involuntaria ceremonia trae adosada. Sabe que con una mínima cautela algunas monedas y cucharas no le harán daño. De ese modo podrá, aun en su profunda desolación, mantener una esperanza hasta que todo vuelva a suceder.

LA LLAMADA

ARACELI ESTEVES. ESPAÑA

Cierro la puerta del apartamento y en un solo movimiento me recojo el cabello en una coleta. Me recompongo las medias, coloco bien mi blusa y la plancho con las manos. Ya en la calle me detengo unos segundos para que los pensamientos se organicen. Recogeré a Luisito, después pasaré por la frutería a comprar uvas y plátanos. Y si acaso más tarde, o quizás mañana, ya llamaré a la policía.

PEQUEÑA HISTORIA SOBRE LA IMPERIOSA NECESIDAD DEL PSICOANÁLISIS

HORACIO ROBERTO FERNÁNDEZ. ARGENTINA

Ibrahim salió de lo que quedaba de su casa hacia uno de los puentes que cruza el Tigris: desde la altura los nuevos paisajes eran escombros, mil y una noches de luces y estruendos en una pantalla de televisor. — Lo escucho —dijo el terapeuta. —Bombardearon mi casa por error, dos de mis hijos están en terapia intensiva. Por suerte quedó una habitación intacta; ahí nos amontonamos para dormir. —Siempre lo mismo, Ibrahim: usted sigue dando vueltas sobre historias que no podemos modificar. Vamos, hableme de algo que valga la pena.

EL SENTIDO DE LA VIDA

GRACIELA FERNÁNDEZ MINGRONE. ARGENTINA

¿Esto? ¿Era esto ? ¡Haberlo sabido! ¡ Preocuparse por deudas, miedos, amores!. Ahora podía verlo todo, como en un plano. Y él sería ya Juan Francone, casado con Isabel Palomino, amante de su prima María Francone, padre de tres hijos, autor no publicado, empleado de seguros; entusiasta de la ópera y las pastas. Juan Francone, cuarenta y dos años, cero positivo, que fue feliz tanto como pudo, y a la mierda el misterio, el eterno preguntarse por el sentido de la vida. En esos pensamientos estaba, cuando un golpe de electricidad certero lo volvió del paro cardíaco.

PEDRADA

SANTIAGO FERNÁNDEZ REGUEIRO. ESPAÑA

Un inusitado silencio inundaba la habitación la noche en que una certera pedrada reventó la luna llena.

LA LÓGICA DE LA FÍSICA

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ-PRO LEDESMA. ESPAÑA

Pensaba en que la materia no se crea ni se destruye, cuando alcé la tapa del váter y tiré de la cisterna. Oí caer el agua y me acordé de su ciclo continuo. De pronto, me sorprendí meando a un dinosaurio.

LA CELDA

SANTIAGO FERRER MARQUÉS. ESPAÑA

Los cinco barrotes en la ventana de mi celda eran mi obsesión cada mañana: un gran zarpazo en el azul del cielo y en mi pecho. Hasta que llegó aquel vigilante nuevo. Yo no estaba seguro de caerle bien, pero él a mí sí me gustaba. Porque no hacía clanc con la escudilla por las mañanas. Solo la dejaba sobre la mesa, sin ruido, sin despecho, sin violencia. Ese silencio era mejor que una sonrisa, mejor que una palmada en la espalda, mejor que una palabra amable. Y los barrotes se volvían azul cielo mientras duraban las gachas de maíz.

MIEDO

CÉSAR DAMIÁN FERREYRA. ARGENTINA

—¡Hey, guapa! ¿No te da miedo caminar sola a estas horas de la noche?

—Cuando estaba viva sí.

VIDA

PATRICIA MÓNICA FERREYRA. ARGENTINA

Cuando dejó de pensarse, murió.

PÉRDIDAS

LAURA GARACHANA AGUIRRE. ARGENTINA

Cuando dejó la villa, no tenía dientes. Cuando dejó
el penal, no tenía alma.

EL SECRETO DE LA FELICIDAD

ASUN GÁRATE IGUARÁN. ESPAÑA

Cuando papá vivía se pasaba horas encerrado en su taller, tratando de descubrir el secreto de la felicidad. Mamá le pedía que descansara, que se airease, pero él meneaba la cabeza sin interrumpir formulaciones incomprensibles e infructuosos experimentos. Hasta el día que desapareció, envuelto en humo, con el ruido de un globo al estallar, como los magos en las ferias. Sólo quedó su voz circulando por la casa cual corriente de aire. Ahora, a las noches, le susurra a mamá palabras de amor y a mí me cuenta historias de fantasmas. Somos muy felices, aunque no podamos abrir las ventanas.

RAÍCES

ASUN GÁRATE IGUARÁN. ESPAÑA

Cuando un vendaval enloquecedor dejó aquel piano en el jardín, papá dijo que era una señal del cielo y empezó a tocarlo día y noche sin parar. Al compás de la música desaparecieron las malas hierbas, los rosales germinaron, anidaron los petirrojos, a mi hermanita le salieron pechos en forma de pera y a mí, un bigote oscuro como una berenjena. Fue maravilloso hasta que echamos raíces. Le suplicamos que parase, pero no nos hizo caso. Ahí continúa, tocando, ajeno a nuestra ausencia. Parece feliz viendo florecer margaritas sobre la tumba de mamá, esperando que la tierra comience a abrirse.

IMITATIO

LOURDES GARCÍA PINEL. ESPAÑA

A la niña le gusta mirar cómo trabaja su padre. Orgullosa, observa las manos rudas que ajustan la soga al cuello del condenado, izan la cuerda y retiran la banqueta de madera. La niña imagina que en el rostro oculto tras la tela negra brillan unos ojos fijos como los de las hadas cuando conceden deseos. Las manitas ajustan la soga. Los pies menudos empujan la banqueta de madera. El fino cabello enmaraña el rostro de hada.

EN LO MÁS ALTO

JERÓNIMO GARCÍA RIAÑO. COLOMBIA

¿Y dónde está Dios?, preguntó el Astronauta.

JARDINES

JULIETA GARCÍA SERRA. ARGENTINA

Ya no me prometas una casa con un inmenso jardín. Tira abajo los muros, quita las baldosas y deja que en las ruinas crezca un enorme jardín que pueda ser mi casa.

PARADOJAS

MATÍAS GAYESKY. ARGENTINA

En un restaurante un joven estudiante de física se levanta para ir a buscar unas servilletas a la barra. Cuando vuelve se encuentra que alguien se sentó a su mesa. Un hombre mayor, pero con un aspecto furiosamente familiar. - Usted es... - Sí - Entonces voy a tener éxito. - Sí El hombre mayor saca una pistola y dispara. El joven estudiante cae muerto. El otro se desvanece como si nunca hubiera existido.

TRÁNSITO

DANIEL HORACIO GHISANI. ARGENTINA

Algo pasó ayer en la calle. Algo que no me he atrevido a contar por temor a ser confinado al territorio cruel de la locura. Ayer me vi caminado por Corrientes. Lo juro, era yo, con el pelo corto, el rostro joven y aquel traje verde, único, que la abuela me regaló. Era yo quien serpenteaba raudo por Florida, eludiendo puestos y personas, siempre veinte pasos delante a pesar de mis esfuerzos. Era yo volando por Lavalle, girando con energía incomparable hacia Colón, corriendo con una vitalidad desconocida. Era yo el que se iba, lejano, mortal, inalcanzable.

INSTINTO

OMAR RAFAEL GIL BUENO. VENEZUELA.

En la tierra, cerca de sus pies, el ave acurrucada y sangrante esperaba la muerte. Aquel hombre no quería perder tanto sin hacer nada más. En su mirada había una mezcla de sorpresa y de rabia. Los gritos de los apostadores le rodeaban y con la idea de continuar el combate, lo alzó hasta su cara para, nuevamente, azuzarlo. De pronto la algarabía cesó para convertirse en susurros de asombro. Dos figuras en el polvo agonizaban. Él nunca imaginó que del último batir de aquel abanico de plumas multicolores saldría el acero que a su cuello alcanzaría.

MUROS

AFRENDES GONZÁLEZ. ALEMANIA

Nadie quería pronunciar la palabra iconoclastia pero la gerencia de Covering Thoughts tenía claro que los brochazos deberían ser, de ahí en adelante, aún más uniformes y fríos. Nadie era más consciente que ellos del peligro de un trazo sin control que fácilmente habla a la memoria. De otro modo, no solo dejarían de cubrir muchas paredes sino que deberían enfrentarse a represalias inciertas. Ingeborg no pudo evitar un trazo imperfecto y detuvo la brocha. Levantó el instrumento de la pared y bajo las vibraciones verdosas descubrió los ojos de Violeta. La mano no le respondió.

PUNTERÍA

ALCIDES GONZÁLEZ. VENEZUELA

El rostro del chico se veía demasiado infantil en la mira telescópica del francotirador. El hombre vaciló, bajó el arma y miró la cara en su tableta, para asegurarse de que no se equivocaba de objetivo. Una precaución inútil ya que el trabajo llevaba varias semanas de preparación. Volvió a apuntar y bajó el rifle por segunda vez. ¡Al diablo! El chico desapareció entre la gente mientras el tirador guardaba el arma. La detonación sonó hueca. El francotirador de reserva había hecho un blanco perfecto.

HIELO

ÁNGEL GONZÁLEZ ALCOLEA. ESPAÑA

Las paredes escarchadas y el suelo cubierto de hielo que resbala. La indiferencia patina de la cocina al salón y la rutina cae sobre un colchón mojado y frío. Y tú estás en la terraza, con niebla en la boca y tormenta en las pestañas, tirando cubitos de hielo al sofocante verano de ahí afuera. Y yo desnuda, en la bañera, envasada al vacío mirando al techo, planeando sobre mi cabeza lo único que nos une, la hipoteca a cuarenta años de este maldito témpano de hielo.

TRABAJOS INFANTILES

SUSANA GUGLIELMONE. ARGENTINA

Hacer un viaje al fondo el color fucsia, encender las luces de los sombreros pintarle flores a las plantas y regar los micrófonos con música, era todo lo que tenía que hacer la niña.

AL CORONEL YA LE ESCRIBIERON

ORIOI GUILERA VALLS. ESPAÑA

Como todos los viernes desde la rendición de Buendía en Macondo, ese día el coronel salió temprano de casa engalanado con su traje de paño negro y los zapatos de charol de su boda. Parecía un manojo de huesos cosidos por fibras nerviosas. Deambuló por la calles del pueblo, como solía, maldiciendo aquella traición. A eso de las once se acercó a la lancha correo, y cuando incrédulo comprobó que le habían concedido la anhelada pensión, el coronel supo que era cosa del testamento de Gabo.

PEQUEÑOS DETALLES

INMACULADA GUTIÉRREZ PORCEL. ESPAÑA

Hoy mi mujer me ha traído flores. Debo de haber
muerto.

UN PUNTO EN UNA RED

ADRIANA CAROLINA GUZMÁN LLAMAS. ARGENTINA

Un punto en una red nunca sabe que es un punto en una red. Solo eso, el punto de una red. Uno más, nada diferente a los demás. El mismo color, la misma textura. Un punto de una red nunca sabe que es único por su lugar estratégico y ubicación. No comprende la importancia de su labor que mantiene unida a la cadena y la cadena a la red entera. No tiene conciencia de la importancia de su existencia. Si desaparece todo se desvanece. Se deshace como el agua entre los dedos. Un punto en una red, no sabe.

ELEGANCIA

MARÍA DEL CARMEN GUZMÁN ORTEGA. ESPAÑA

Se compró un bolso de piel de serpiente, un abrigo de visón y unos zapatos de piel de cocodrilo. Luego, en su casa, y antes de acicalarse, repasó la conferencia que debía pronunciar en contra del maltrato de animales. Así, elegantísima, se fue a presidir el congreso de ecologistas.

RESURRECCIÓN

RAFAEL HERNÁNDEZ. ESPAÑA

Al momento del último rosario, el cadáver de la abuela se incorporó hasta sentarse. Del féretro cayeron rosas y jazmines. El movimiento hizo tambalear los cirios y las llamas danzaron sorprendidas. Estiró los brazos como quien se despereza tras un largo sueño. Metió su mano bajo su cabellera, la liberó de la blusa blanca y miró a su alrededor sin comprender nada; pero, sin asombro. Mi madre se abalanzó sobre ella y le abrazó con una ternura inundada de lágrimas. Los demás, aterrorizados primero, maravillados después, contemplamos la mentira de la muerte. Sin un grito.

PANDEMIA

RAÚL HERNÁNDEZ DÁVILA. MÉXICO

La pandemia nos tomó por sorpresa, rápidamente acabo con millares de humanos, las medidas para prevenirla eran sencillas, pero, pocos las escuchaban y casi nadie las llevaba a cabo: cancelar las cuentas de Facebook y Twitter, destruir el teléfono móvil o simplemente dejarlo en casa, sentarte en un café a mirar el paisaje, la gente, en lugar de los e-mails y los blogs. Expresar tus emociones personalmente y no a través de un «like». De nada sirvió nos acabamos extinguiendo, aunque algunos postearon que sólo evolucionamos.

MADERA

HÉCTOR MANUEL JARAMILLO LÓPEZ. MÉXICO

En el otro extremo de los hilos que lo atan y lo mueven, Pinocho se encontró con una cruz, de madera como él. Desde entonces la lleva a cuestas, esperando que un día su creador regrese y se haga cargo de ella.

TELA DE ARAÑA

MIREN JUARISTI ZABALETA. ESPAÑA

Mientras caminaba pensante por el campo, me atrapó una tela de araña.

Arrastré con el rostro la casi invisible estructura animal, cual atleta que rompe la cinta de meta, y tras de mí quedó, planeando en el aire, un fino hilo de seda.

EJECUCIÓN

RODRIGO KURLAT. ARGENTINA

«Fuego», regurgitó el general. Su cuerpo recibió las ocho condenas como besándolas. Aún se duda si el estruendo no provino de él, de ese instante en que su pecho despedazó las sogas, su espalda el madero, y batiendo sus alas colosales se elevó hermoso, violento y rojo.

DIÁLOGO

ALFREDO LBARDIONG. ARGENTINA

El bicho se le metió por la nariz. Lo vi por el espejo mientras anudaba mi corbata. En la cama ella se quedó mirando el techo sin notarlo. El único ruido lo hizo la puerta cuando salí. Hace tiempo que no hablamos.

AUTOAYUDA

EDGARDO ISMAEL LEIJA DÍAZ. MÉXICO

El hombre triste termina de leer su libro de superación personal. Por primera vez en su inoperante vida, piensa 'positivo', e invoca a dios. Reza fuerte, con todo poder, tal como le dictaron las páginas del manual. Por difícil que resulte creerlo: su desolación amaina, su miseria se desvanece, ¡mágicamente! Recobra toda su vitalidad, su decisión. Mira fijamente el halo menguante de la bombilla, que apenas tiñe de ámbar aquella habitación gris. Y en un golpe energético, vigoroso, casi divino; comienza a bambolearse. Para alcanzar el éxito, sólo falta que caiga la silla, que baila azarosamente bajo sus pies.

SINO

JAIME LEVY MAYA. MÉXICO

La segunda bala penetró por la clavícula derecha y salió por la nalga izquierda. En su camino eludió la maraña de nervios próxima a la columna, las vértebras, el pulmón, las arterias y venas que irrigan el tórax. Los médicos atribuyen el hecho a un milagro, pues parece como si una mano invisible guió al proyectil por una trayectoria que solo provocó un leve sangrado al salir. En la historia de la balística nunca se había dado un hecho tan portentoso. El primer balazo entró por la sien derecha licuando los sesos a su paso. Murió instantáneamente.

EL CONDUCTOR

SOLEDAD LÓPEZ. ARGENTINA

El conductor apretó el acelerador de su pequeño autobús. Manejaba en absoluto silencio mientras recorría caminos que llegaban a destinos ajenos. Le resultaba indiferente transportar turistas, ancianos, alumnos o, como en este viaje, pacientes de distintas edades que debían ingresar al hospital psiquiátrico. Un ruido interrumpió momentáneamente su apatía. Salió para reparar la rueda trasera y, al regresar, encontró el vehículo vacío. Se sentó y condujo hasta divisar un grupo de jóvenes personas haciendo dedo. Sin decir palabra, abrió la puerta, los dejó subir y la cerró. Volvió a abrirla al llegar al hospital.

SISTEMA MÉTRICO

FRANCISCO LÓPEZ ABIA. ESPAÑA

En mi ciudad las distancias no se miden por metros, se miden por canciones. Vivo a dos canciones de mi trabajo y a una cinta de cassette del amor de mi vida. Me gustaría cantar con ella, pero alguien ha grabado encima.

EJÉRCITOS

ISIDRO LOPEZ ARCOS. BÉLGICA

El Rey dió la orden. Sonaron las trompetas. El ejército real se lanzó al ataque, cruzó el río y se abalanzó sobre sus enemigos. Pero ¡ay!, atravesaron el compacto bloque enemigo sin que éste sufriera el menor daño. El Rey, dió orden de girar en redondo y volver a cargar, con idéntico resultado. Esto se repitió varias veces, hasta que, perplejo, mandó llamar a su adivino. Este, preguntó ¿está su Majestad seguro que su ejército es el ejército real? ¡claro! respondió el Rey. ¡No puede haber otro ejército real! Pues entonces, Majestad, el otro es un ejército imaginario.

DESDE LA VENTANA

ESTHER LOZANO RAMÍREZ. ESPAÑA

Hoy ha sido un gran día. Nada ha salido bien, pero llego a casa y desde mi ventana veo el cielo. Y sólo el cielo.

CRISTALES ROTOS

AGUSTÍN MANZANO ROBLES. ESPAÑA

El Gran Espejo del salón se resquebrajó lentamente como un amor de cincuenta años, pero el disparo en la sien fue lo que hizo volar los pedazos por toda la casa.

EL RETÉN

NADIM MARMOLEJO SEVILLA. COLOMBIA

—Nos cogieron, carajo —expresó Leoncio Sierra cuando el soldado les hizo señas para que se detuvieran.

El viejo Jacobo Arenales, quien iba conduciendo, fingió haber olvidado los papeles del carro tras esculcarse los bolsillos. El recluta llamó a su comandante. Entre tanto, Jacobo quiso seguir el drama abriendo la guantera y un sinnúmero de escapularios cayeron al piso del vetusto Renault 4, robado, justo en el momento en que llegó el sargento.

—Hombre, deje pasar al curita —ordenó este a su subalterno al verlos.

—Nos salvamos, compañero —celebró Leoncio, más adelante.

—Gracias a Dios —rió el anciano guerrillero.

EL CUARTO HERMANO

MAURICIO MÁRQUEZ. ARGENTINA

Siempre fuimos tres hermanos. Pero cuando alguien preguntaba, nosotros decíamos que, antes, supimos ser cuatro, que el cuarto se fue de la casa muy joven y nunca volvimos a verlo. Cuando había que describir a ese hermano, nosotros poníamos en él todas las virtudes anheladas y los vicios secretos de cada uno. Una noche, cenábamos los tres en el patio, cuando golpearon a la puerta. Yo fui a abrir. Ahí estaba, parado delante nuestro, con su bolso. En los ojos grises, traía algo que los tres creíamos haber olvidado. No pudimos resistirlo. Ahora podemos decir que siempre fuimos tres hermanos.

AFÁN DE PROTAGONISMO

DIEGO MARÍN GALISTEO. ESPAÑA

Apoyó los pies en la séptima línea de la página 26 y abrió el libro haciendo palanca con un signo de exclamación, aprovechando la solidez de la frase. Saltó desde ahí y se agarró al último adjetivo que cerraba la hoja, recordando lo innecesario que le pareció siempre. Luego pasó las páginas hacia atrás hasta que llegó al comienzo de la novela, sacó su revólver y disparó al protagonista que cayó desplomado sobre su propia descripción. Por último, ocultó el cadáver entre las divagaciones del prólogo y limpió la sangre antes de que algún lector lo descubriera.

SIN REGRESO

MARÍA DE LAS NIEVES MARTÍNEZ. ARGENTINA

Volviste con los mismos zapatos y otra mirada. Quede perpleja. Insistí en mirar los pliegues del pantalón sobre los zapatos, me encantaba saberlos allí, los de siempre, esos que tan bien marcan tu andar por la casa, son hechos a tu medida, diría que te describen. Mi madre los criticaba, la tuya los adoraba. No supe de qué color fueron las valijas No llegue a la despedida. Me quede lustrando los zapatos.

SUEÑOS

ANTONIO MARTÍNEZ GARCÍA. ESPAÑA

En Francia, Emmanuel, de veintidós años, sueña con hacerse cargo del viñedo familiar. En un barrio de Helsinki, Zoe, con sus recién estrenadas catorce primaveras, sueña con volver al parque de atracciones el próximo domingo. A sus treinta y cuatro años, Raúl sueña con una acreditación que le permita ejercer como guía turístico en Perú. En Kuala Lumpur, con tan sólo veintinueve años, Farah sueña con exponer en la galería de arte de las Torres Petronas. Jorani, camboyano de doce años, es capaz de armar un arcaico fusil de asalto en apenas treinta segundos. Padece de insomnio.

REALIDAD

MARÍA EVA MARTÍNEZ MANZANARES. MÉXICO

—¿De qué tienes miedo? —Le pregunta una hija a su madre.

—De verte morir.

—¿Y por qué ahora te entra ese miedo?

—Porque ya te estoy viendo.

EL EMPLEADO

JAIME MARTÍNEZ OCHOA. MÉXICO

Tenía cincuenta años trabajando en aquellas oficinas infinitas. Un día cayó muerto sobre su escritorio. Sus compañeros tardaron una semana en darse cuenta. En su descargo dijeron que aquel empleado era el primero en llegar a la oficina y el último en marcharse.

HACIENDO CUENTAS

JAIME MARZÁN RAMOS. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Aquí... leyendo los obituarios para saber cuántos
enemigos me quedan.

EXCUSAS

JOSÉ MATEOS HERNÁNDEZ. ESPAÑA

Llamo porque estoy buscando una buena excusa. No nos queda ni una, la última la acabo de utilizar yo para alguien que llamó antes. No me estará dando una excusa. Le he dicho que no tengo ¿Pero la ha utilizado usted o se la ha dado al que ha llamado antes? La he utilizado yo para librarme del anterior y me arrepiento de no haberla guardado para usted. ¿tiene más? No, claro que no bueno pues muchas gracias, no le entretengo. Usted no entretiene, siento no haberle podido ayudar, me hubiera gustado tener una buena excusa que darle.

DE SAPOS, ESCUERZOS Y RANAS

SILVINA DE MATTEY. ARGENTINA

Un día empezaron a llover sapos, escuerzos y ranas. Las cabezas de la gente se transformaron en fuentes, piletas y charcos. Ya nadie se peinaba, ni usaba sombreros, ni pelucas, ni paraguas. Si charlaban varios en la calle, también lo hacían los sapos, los escuerzos y las ranas. Si se aburrían; saltaban de charco en fuente, de fuente en pileta y de pileta en charco. Los días de sol y calor, llegaron. Entonces las cabezas se transformaron en sombrillas para los pobres sapos, escuerzos y ranas. Y ya nadie vio a nadie.

LOS PÁJAROS

ANDRÉS ALBERTO MAYORQUÍN RÍOS. MÉXICO

El pájaro carpintero y el pájaro thó vinieron a visitarme ya. Con emoción, les canté mi felicidad y ellos respondieron con singular alegría, repiqueteando en el cristal de mi ventana, alborotando sus plumas. De la costumbre de vernos, nos hemos hecho amigos, de esos con los que se habla sin hablar, se está sin estar. Me han contado de sus nidos vacíos, yo de la reconciliación con mi esposa. Quizá mañana me den consejos de cómo educar a mis hijos. Quizá mañana yo pueda volar como ellos. El tiempo pasa, la ventana sigue ahí.

EVAPORACIÓN

ALBERTINA MAZZINI. ARGENTINA

El infierno se había instalado en el living. Cuando las llamas evaporaron todas las lágrimas, tuve que irme.

ENUMERACIÓN

VALENTINA MEJICANO ESTEVES. VENEZUELA

Un viaje largo, una mirada, una rosa, un te amo, un baile, una canción, chocolate y café, la mañana fresca, el desayuno, la cama, el monte, los labios, una chaqueta y sandalias, la moto, montaña, el frío y un abrazo, langostas con arepa, diez perros y un gato, virgen del Valle, una sonrisa, un guiño, un cuarentón y una jovencita, cacao y cerveza, promesa, una familia manipulada, un regalo, vino blanco, dulce de milhojas, un felices por siempre, la hamaca, un beso, celos y sarcasmo, un matrimonio, muchas lagrimas derramadas, un sueño destrozado, violencia, decepción, un hombre mentiroso, la traición.

ESPERA

MARÍA ELIDA MERCADO. ARGENTINA

De tanto esperarte empecé a tejer ponchos para nuestros hijos les puse nombre los amé los mandé al jardín y los sepulté todo sola. Mientras vos llegabas aprendí a cocinar jugué al scrabble con tu madre con mis hermanas bailamos twist y con mi ex, Emanuel, volvimos a romper. estando sentada me quise comer las uñas de nuevo me vestí de azul para ver llegar la noche adelgacé diez kilos y los engordé comiendo borrachitos de la panadería de la esquina de esa plaza donde todavía son las cinco y vos estás en camino.

ALTRUISMO

ANA CLAUDIA MERCADO LACZKO. ARGENTINA

La pluma caía tan despacio, que ella decidió saltar del balcón para ayudarla a llegar más rápido.

DILUVIO

GIOVANNA MIRALLES. REINO UNIDO

La última vez que me enfrenté al Larilari se había plantado delante del gran portón. Miré sus ojos acuosos, gorro de alcalde de cuatro puntas del que colgaban borlas hasta sus alas, todo crecido de su propia piel, los dientes filosos, su estatura como la mía. Corrí hacia él gritando, lo perseguí hasta su mismo desierto, me golpeaba con sus alas, yo le buscaba el hocico a puñetazos. Logre amarrarlo, vi sus lágrimas de animal, su cara de zorro empapada. Había que matarlo, traía enfermedad, muerte, dolor; pero lloraba ¡cómo lloraba! Lo desaté al cielo, llueve, ¡cómo llueve!

AUTORRETRATO

JOSEP LLUÍS MICÓ SANZ. ESPAÑA

La maestra les pidió que dibujasen su autorretrato. La niña trazó un óvalo. Los ojos empezaron a picarle. Se los frotó y el escozor remitió, pero se dio cuenta de que se los había borrado. Se asustó y gritó con tanto miedo que se llevó ambas manos a la boca; también esta desapareció. Sin ojos ni boca se concentró en oír lo que sucedía alrededor. No percibió nada. Se restregó las orejas y notó cómo se desvanecían. Respiró con intensidad para sentirse viva. Con cada aspiración, la nariz se le deshacía, hasta que se quedó sin su última facción.

LA REDADA 1

JOSÉ ALBERTO MOLINA BUENDÍA. EL SALVADOR

Vendedor de droga, esperando sentencia. La onda que ese cuete no era mío, pero va, hubo cague, los chuchos me lo pusieron. No estamos armados cuando vendemos, así el cliente se siente aliviado. Nos jalaron al Bachi y a mí, el Paila se dio el safe, pero puta, el chota cerote que lo siguió, regresó al rato con un bato que pasando iba, diciendo «aunque sea a este maldito nos vamos a llevar». Lo metieron al bote con nosotros, la onda es que un homi se clavó con él y lo trabonó de puro fai.

SUPERVIVIENTE

RAMÓN MOLLEDA GONZÁLEZ. ESPAÑA

El capitán no se dejó amedrentar y no hizo llamada de socorro alguna, no gritó ni todo a babor, ni mujeres y niños primero, ni sálvese quien pueda, ni sed valientes, ni que Dios os bendiga... O le fallaban las palabras al ver aquellas caras agarrotadas con terroríficas expresiones, o el barco —en su humilde parecer— no se hundía.

RUTINA

RAÚL MONDELO BEQUÉ. ESPAÑA

Otra vez llegó al punto en que el camino se bifurcaba en direcciones opuestas, entonces se sentó sobre una piedra e intentó adivinar sus respectivos rumbos cómo encajarían en su propio destino. Al cabo de un tiempo sin respuestas, se puso en pie y volvió sobre sus pasos una vez más a revivir el mismo acotado sendero de siempre.

LUNA LLENA

ANÍBAL RAFAEL MONTOYA URTEAGA. PERÚ

Era una noche de luna llena como cualquier otra. Me gustaba caminar por el mismo oscuro callejón, allí había siempre dos tipos mirándome de reojo. El día de luna nueva decidí ir y preguntarles cuál era el afán de verme pasar con tanta atención. Al llegar al callejón no los encontré pero vi cerca un niño. Me acerqué y le pregunté: ¿Conoces a los dos tipos que se paran aquí las noches de luna llena? Él respondió: «Siempre esperan aquí para ver pasar al hombre lobo». Sentí angustia y no pude decir palabra alguna, decidí entonces esperar la luna llena.

LA FOGATA Y LAS CARTAS

MARIETA MORALES RODRÍGUEZ. CHILE

Tiré al fuego un montón de cartas viejas sin haber notado la cantidad de arañas. Las cartas empezaron a crepitar y las arañas comenzaron a correr angustiada. Corrían por toda la chimenea. Moví las brasas de las cartas y muchas arañas corrían entre las cenizas de las cartas. Habiendo apenas sobrellevado la tensión, giraban y giraban y... un huracán de fuego las atraía al universo perdido. Muchas arañas siguieron corrieron en la fogata de la chimenea.

LA FOTOGRAFÍA

MOISÉS MUÑIZ. REPÚBLICA DOMINICANA

El niño yacía postrado bajo el sol inclemente. Su pequeña frente en el suelo seco y agrietado, descansando los días de hambre, sed y abandono. Un buitre se había posado a unos escasos metros y él, haciendo un esfuerzo inaudito, ya sin aliento, mientras intentaba dibujar una sonrisa en sus labios marchitos, levantó levemente la cabecita y le preguntó: ¿También tienes hambre? El buitre prefirió no contestar.

—Pobre pajarito —musitó el niño, antes de fallecer.

MIS VECINOS

MANUEL NUÑO PRIETO. ESPAÑA

No me fío de mis vecinos. No sabría explicarlo, pero son personas raras. A veces los observo sin que me vean, incluso les sigo en silencio para ver dónde van. Cuando se cruzan en mi camino me saludan sonrientes, como si no fueran maniacos. Yo, por supuesto, respondo también sonriendo, pues no quiero que se enteren de que sé que traman algo. He pensado secuestrar a su perro. De momento les he quitado dos macetas y como si nada. Algo está pasando, ninguno duró más de un mes. Estos ya llevan siete. Realmente raro.

EL NÁUFRAGO

JOSÉ OCHOA DÍAZ. VENEZUELA

Le llamaban el náufrago. Había envejecido esperando una isla.

A LOS PIES DE LA CAMA

GUSTAVO SERGIO OLAIZ. ARGENTINA

El tetraplégico sufre de insomnio. A los pies de su cama, el perro sueña que ambos corren por el campo.

HORMIGAS

DIEGO JUAN ONDARTS UNIA. ARGENTINA

El sueco Scarlo Johansson alcanzó fama imperecedera y merecida por su libro «La vida de las hormigas». El joven científico logró ingresar en un hormiguero en el que permaneció por tres años. Scarlo, con su actitud humilde y carácter jovial, se granjeó la confianza de las hormigas que lo trataban como a uno más. Así, una noche gloriosa, fecundó a la reina. Fatídicamente, esto amalgamó los odios hormigas de los zánganos, que, al amanecer, mientras la reina paseaba por los jardines, echaron al joven a las patadas. Scarlo murió de tristeza seis meses después, sin haber conocido a sus hijos.

TROPIEZO

LINDA EVELYN ONTIVEROS GUARIN. MADRID

En medio de la multitud que baja del tren, él se acerca: —Hola Elena. —Hola Juan. —No soy Juan. —Ni yo Elena. —Disculpa, te pareces mucho. —Y tú a Juan.

Cuando ella comienza a alejarse, él dice: —¿Tienes prisa? ¿Tomamos algo? —¿Elena aceptaría? —No lo creo. —Entonces, sí.

En el bar de la estación, sus miradas se buscan, sus cuerpos se acercan. Él pide más cerveza. —Elena estaba casada, ¿sabes? Nunca me atreví a invitarla. Ella evita sus ojos, termina su bebida. Se levanta, le dice: —Yo también estoy casada. Y se aleja con el resto de viajeros.

SOBRESALTOS NOCTURNOS

LUIS ORTIZ ARCHILA. GUATEMALA

Yo solía llamar a Wenceslao Zurita todas las noches, a la misma hora, para preguntarle: —¿No te da vergüenza ser el último de la Guía Telefónica? —Y luego colgaba. Durante años turbé sus sueños con la misma cantaleta, hasta que su nombre desapareció del Directorio. Al suponer que había muerto, me arrepentí de haberle amargado la vida y me propuse cambiar de actitud. Desde entonces cada noche llamo a Aarón Abdo, para felicitarlo por ser el primero del Listado Telefónico... Lo que nunca imaginé fue que se trataba de Wenceslao Zurita, oculto bajo su nueva identidad.

EL PINTOR FU

EDGAR RENÉ PACHECO MARTÍNEZ. MÉXICO

El pintor Fu sintió que finalmente había terminado su pintura. El emperador, a quien se la entregaría, lo recibiría efusivamente y lo regocijaría por días. La orilla del lago, en calma; los montes en la lejanía, vestidos de nubes inmóviles; y las aves, detenidas en las ramas para dejarse retratar. Tras estampar su firma, enrolló la pintura, guardó los pinceles y tapó las tintas. Se levantó del asiento e inició el camino de vuelta a casa. Sin embargo, jamás encontró la salida ni persona que le indicara la ruta, pues los bordes de la pintura no llegaban tan lejos.

TUDO LO QUE HAY QUE SABER
SOBRE EL SEXO

MANUEL PACHECO RODRÍGUEZ. CUBA

Tras quedar desnudos, se miraron.

—¿Sabes qué hacer ahora? —preguntó el niño indeciso.

—Creo que es por aquí —dijo la niña. El dedo índice señalaba hacia su ombligo.

LA SALIDA

JOSÉ LUIS EMILIO PAGÉS. ARGENTINA

Arturo inventó esa puerta de emergencia. En el décimo piso de una torre gris vivíamos apretados, en tinieblas, pero teníamos un privilegio, la puerta se abría al campo. Solo a mí me confió el secreto porque los otros no le hacían caso. Por esa salida al campo Arturo escapaba sobrio y regresaba borracho. Un día volvió con una bicicleta ajena. «Me robaron el caballo», se justificó. Cuando llegó la policía, Arturo había desaparecido y nunca más se dejó ver. Por fin los incrédulos descubrieron la puerta, la borrarón presurosamente y, como Arturo, pasó al olvido.

EL FINAL

OSVALDO PAMPÍN. ARGENTINA

Se despertó temprano. Tomó café. Salió con tiempo. Subió a un colectivo. Miró un escote. Caminó apurado. Saludó al portero. Entró a la oficina. Firmó despachos. Estudió propuestas. Dijo que sí. También negó. Rió por el chiste del jefe. Escucho el «alcahuete» susurrado. Salió a medio día. Leyó la carta. Era la séptima vez. Quiso imaginarse el porqué. Supo que no tenía sentido. Se sintió solo. Era para siempre. No volvió. Se paró en borde del andén. No pensaba. Escuchó un grito, era suyo. Las ruedas ya estaban encima.

SUNRISE

FEDERICO PERA. ARGENTINA

Tan pobres eran, que dormían los cinco en el mismo cuarto, y soñaban el mismo sueño.

EL MÉTODO

TRINI PESTAÑA YÁÑEZ. ESPAÑA

El padre ya no sabe qué más decirles a sus hijos para tranquilizarlos. Son pequeños para comprender por qué su mami está allí abajo, metida en el pozo seco del jardín, gritando y maldiciendo desesperada. Él les asegura que mami está bien, que es muy valiente y que deben respetar su decisión. Y les recuerda que antes de recluirse en el abismo negro del pozo, ella misma les prohibió que le echaran ni un mendrugo de pan. Si esta vez mami consiguiera domar su apetito, miles de mujeres en el mundo imitarán su método de adelgazamiento.

SIN TÍTULO

DANIELA JACKELINE PINOS BENALCÁZAR. ECUADOR

«Yo no sé dónde está el amor», murmuró Cupido,
cuando se preparaba para dispararse su flecha.

DE LA MISMA NATURALEZA

CARLOS PRIETO. ESPAÑA

Un hombrecillo verde bajó de la nave y me preguntó: «por favor, ¿el servicio?»

LA BOLSA

VANESA QUINTERO CAIRÓN. ESPAÑA

Olvidé coger la bolsa de la arena. Ese mismo año, terminé sexto. La bolsa permanecía en la playa. Cuando me gradué, conocí a Luis. La marea ya se había llevado la bolsa. El instituto resultó más fácil de lo que pensaba. La bolsa viajaba mar adentro. La universidad fue un tiempo maravilloso. La bolsa buceaba entre tortugas marinas. Mi primer empleo fue duro. La bolsa atracó en un puerto. Me casé, tuve dos hijos. La bolsa reinició el viaje. Fui muy feliz. La bolsa flotaba. Asistí a mi funeral y la bolsa seguía en medio del Atlántico.

VISIONES AZAROSAS

DEISY RAMÍREZ GUTIÉRREZ. COLOMBIA

Una tarde, mientras mis hombres descansaban de una adversa batalla, vi, en una inspección del terreno, que a lo lejos emergía de la tierra una delgada línea de humo. Intrigado, agarré mis binoculares y descubrí a una gallina echando al fuego pequeños trozos de madera seca. Y una vez las llamas alcanzaron suficiente altura, se lanzó a la hoguera. Ya han pasado muchos años y aún en sueños la veo venir hacia mí con su llamante aleteo. A veces, cuando paso por la chimenea, cierro los ojos.

COLISIÓN AZUL

TOMÁS RAVEL. ARGENTINA

El pájaro voló tan alto que chocó contra el cielo.

IGLESIAS

JULIÁN RIAÑO. COLOMBIA

Llevó a su hija ante el altar. Luego soltó el féretro.

TREINTA MONEDAS

GUSTAVO DANIEL RIPOLL. ARGENTINA

Treinta monedas ¡Treinta monedas de plata!, suspiró Judas. ¡Treinta y una lo salvan!, subastó mi voz.

—¿Quién no es valiente en un sueño?— Metí la mano en el bolsillo, pero cuando la abrí, solo había catorce. Entonces me pregunté en qué cree el que me sueña mientras duermo.

JUEGO DE NIÑOS

ANTONIO ROA MÁRQUEZ. ESPAÑA

Un leve chasquido, la negritud más absoluta. De repente todos los archivos, todos los datos, todo, se había borrado del ordenador de Peter, Londres. Mientras, en una plazoleta de Bangalore, tres niños trastean, sonrientes, un ordenador portátil.

EN LA ESCALERA

JESÚS ROBLES GARCÍA. ESPAÑA

Llamo a la puerta de casa y nadie me contesta. Saco los libros nuevos de la cartera y garabateo. Enciendo y apago la luz de la escalera. Persigo a una araña y la aplasto. Viene la vecina y me abraza.

DEJAR DE SENTIR

DENNIS ROJAS ESTRADA. PERÚ

Herson, escucha. No voy a añadir drogas a tu prescripción para emparejarte con el resto de gente adormecida. Eres un excelente compositor que vende más que cualquier otro en el mundo. Has tocado a miles compartiendo eso que sueles llamar «ausencia». Tus fanáticos mueren por ser como tú, precisamente porque saben que la vida ha dejado de afectarte y quisieran apreciarla del mismo modo, aunque sea durante cuatro horas de concierto. No te engañes a estas alturas, querido. Lo único que debes aprender a preguntarte ahora, es: ¿cómo sana la mano curadora cuando deja de sentir?

FUTURO

DANIEL ROMÁN. URUGUAY

Subió como todos los miércoles y se sentó solito en un asiento contra la ventanilla. Se arregló el tunique de cinco años y levantó la pierna para atarse los cordones. Primero uno, luego el otro. En los brazos que los agarraron, los emparejaron, hicieron el nudo, primero un lazo y luego el siguiente para culminar con la moña pareja y apretada, había ya algo del hombre que será; en su mirada atenta y concentrada, en su seriedad de niño.

ESCUELA DE GENIOS

RODRIGO ROMÁN IBÁÑEZ. ESPAÑA

El microrrelato, esto es. Se trata de ir creando una atmósfera narrativa, rematándola con la frase insospechada que explicará, completará o echará por tierra lo antedicho. Confusiones aclaradas en jaque mate, historias anodinas que terminan inquietantemente, narradores humanos que resultan ser avestruces y por ahí. Las últimas palabras como clave cerrando nuestra bóveda del cuento, ingenioso alarde para lectores boquiabiertos. Falla quien quiera resolver en un renglón o despertar entre dinosaurios. Prohibido el palíndromo; sobran aquí figuras retóricas y zarandajas por el estilo. Preferimos aspirantes que mantengan cierta uniformidad acorde al pensamiento moderno, siempre tan único.

A CIEGAS

CÉSAR ROMERO. ESPAÑA

Ahora, las tardes en que paseo junto a mi hija para bajar el azúcar y atravesamos este viejo puente, llamado de la Concordia, algunas veces se separa, para discutir con su marido por teléfono, y me deja solo, en mitad de esta niebla de ciego diabético, y entonces la recuerdo cuando, siendo niña, atravesábamos este mismo puente, entonces de la Victoria, y ella cerraba los ojos y abandonaba mi mano cuando me paraba a discutir con su madre, y nos pedía que habláramos, que no nos gritásemos, y al no prestarle atención seguía, y seguía, andando a ciegas.

CUCHILLOS

JUAN MANUEL ROMERO. VENEZUELA

El día que decidí rebanar tus ironías fue cuando me arrepentí de lo que soy: por más que hurgué, desesperadamente, en el cajón de la cocina, no encontré otra cosa sino cuchillos de palo.

CON LOS PIES EN LA TIERRA

SEBASTIÁN ROMITI. AUSTRIA

A último momento, dudó. Escapó por una ventana y se alejó de la ciudad. Llegó a lugares donde el canto de los pájaros prevalecía sobre el rumor de motores distantes. Quiero un hombre con los pies sobre la tierra, le había dicho su mujer antes de dejarlo. Arrepentido, regresó al quirófano. Usó la puerta, para ir acostumbrándose. El anestésista no sonreía. El médico lo invitó a acostarse. Después de la intervención le preguntaron que quería hacer con los restos. —Destrúyalas—dijo. Y las alas ardieron en el incinerador del hospital. Luego caminó hasta su casa y llamó a su mujer.

TIEMPO

JUAN RAMÓN RUIZ GARCÍA. ESPAÑA

El reloj de la sala se nos paró hará cosa de tres semanas, y no hemos encontrado un minuto para darle cuerda.

EL PALO

PILAR SALAZAR CALLE. ESPAÑA

Adoraba a mi perro. Le quería como se quiere a un amigo: con el corazón y el alma al mismo tiempo. Nuestra amistad nos hizo inseparables; nunca supe muy bien quién necesitaba más a quién. Aquella tarde le tiré un palo para jugar. Él me miró excitado, meneando el rabo a velocidad vertiginosa y con su lengua colgando del belfo, pero sin moverse. «¡Corre, pequeño!» le incité, pero continuó ahí, sentado, jadeante. Tras intentar animarle varias veces sin resultado, fui yo a buscar el palo. Entonces lo supe. Él me adiestraba a mí.

ELLAS

CARLOS MARIANO SALINAS PINEDA. MÉXICO

Para dejar de extrañarla, decidí construir su réplica perfecta. Copié todo, hasta el último detalle, obsesionado en no dejar ni un sólo elemento fuera de la ecuación. Trabajé noche y día sin descanso. Me empeñé con precisión frenética. Confeccioné hasta olvidarme de mí mismo y del mundo, siempre recitando nuestra historia en voz alta, por si acaso me escuchaba. Nunca imaginé los alcances de mi éxito. Lo había logrado. Eran idénticas de palmo a palmo. Tanto, que hoy que bajé a buscarla, descubrí la casa vacía. También ésta me había abandonado.

LA CARTA DE SCHRÖDINGER

ALBERTO SÁNCHEZ ARGÜELLO. NICARAGUA

Mi padre se fue a la guerra cuando éramos niños. Un día nos llegó una carta suya. Mi madre la guardó y dijo que jamás la abriría. De noche imaginábamos su contenido: Era rey de las tierras en las que luchó. Herido dictó la carta con su último aliento. Era un desertor oculto en una isla del pacífico, viviendo de cocos y peces. Cuando nuestra madre murió la enterramos con el sobre en su regazo. La carta se convirtió en la herencia que pasamos a nuestros hijos: todas las historias posibles de nuestro padre.

EL LABERINTO

JUAN MANUEL SÁNCHEZ MORENO. ESPAÑA

El guardián del laberinto condujo amablemente al molesto visitante hasta la salida, librándose así de sus inoportunos gritos de auxilio.

BALANCEO

HIPÓLITO SÁNCHEZ NUÉVALOS. ESPAÑA

En la oscuridad del rincón la mujer no cesa el balanceo compulsivo de su mecedora. Entre sus brazos una manta roja asoma la cabeza de un muñeco. Mirada perdida hacia el infinito y desaliño en su cabeza. Balanceo esquizofrénico, y convulsivo. Haces de luz sobre el suelo insinúan la presencia de un bebé tumbado sobre una alfombra sin cesar de llorar. La mujer cada vez más perdida y convulsa. Los lloros aumentan al ritmo del sonido ensordecedor de la mecedora.

UN PIMPOLLO

BENJAMÍN SANTILLÁN PONCE DEL DENSO. ECUADOR

—Buenos días —saludé al entrar en la tienda.—
Deme un pimpollo, dije de forma grotesca.

La dependienta respondió desconcertada:

—¿Un pimpollo?

—Sí —dije yo en un tono tímido.

—No han pedido eso hace 25 años.

—¿Tiene alguno?

—Sí, me quedan un par —dijo en tono irónico,
pero astuto. Rápida e inhumanamente añadió:

—¿Dónde? —Ella, enseñándome la parte inferior
de su parpado derecho me dijo:

—Aquí.

En ese momento supe que los sueños no se cumplen
y hay personas que solo quieren ver arder el mundo.

EL AGUJERO

EMILIANO SCARICACIOTTOLI. ARGENTINA

Encontré un agujero en la pared de mi armario. Empecé a excavar, horizontal, vertical, transversalmente. Una leve molestia se manifestó crujiendo desde mi estómago. Los revoques de yeso caían y abigarraban mi vista como un cazador envuelto en la voluntad de su caprichosa presa. Sudaba de primavera, con náuseas intensas. Recordé el gol del Luifa Artime, y que seguíamos en la B. Recordé la bicicleta en el pasillo, y mi imposibilidad de manejarla, de dominarla, de someterla. Y la burla de todos. Y del otro lado, caí. El vientre perforado, las esquirolas decorando el azulejo. Dios limpiando el fusil.

LA NEGRA MARÍA

LAURA SIERRA DELGADO. ESPAÑA

La negra María canta mientras limpia la casa de los Señores de Prado. La señora y el señor de Prado se miran y sonríen satisfechos. Piensan que a la negra María le hace feliz barrer su suelo, fregar sus vajillas, pulir sus platas y limpiar el polvo de sus muebles. Ni si quiera por un instante llegan a suponer los señores de Prado que a la negra María lo que le hace feliz, lo que le hace realmente feliz, es cantar.

INCOMPENSIÓN

MÓNICA SUÁREZ LEMA. ESPAÑA

Hace años que Peter vive con su robot modelo HG. Todas las noches juegan una partida de ajedrez. Lo que le gusta de él es que tiene lo mejor de los humanos sin tener las partes malas. No es envidioso, ni rencoroso, ni vengativo. Siempre recupera la sonrisa. Hoy Peter hizo trampas mientras el robot le traía un zumo desde la cocina: cambió un movimiento de HG en el tablero. Sabe que HG siempre hace la vista gorda. Pero mientras Peter duerme, sin saberlo, HG se pasa las noches llorando intentando comprender por qué su dueño se comporta así.

EMBOSCADA

ALEJANDRA TENAGLIA. ARGENTINA

La mujer aflojó la tensión de sus manos, la cartera quedó ahora apoyada sobre su falda. Relajó el cuello, dejando caer su cabeza hacia atrás. Suspiró. Recién entonces miró al niño sentado a su lado, dormido. Lo acarició, acomodándole el flequillo. Estaban tan cerca de lograrlo... Quizás por eso y porque el miedo sí suele ser zozco, cada turbulencia apenas percibida le generaba el temor de que incluso ahí, en pleno aire, el avión fuera detenido. Miró en su derredor. Casi todos dormían. Volvió a recostarse. Desde el fondo, alguien vigilaba sus movimientos.

LOS HUECOS DE MARGARITA

MARÍA EUGENIA TIZI FAJARDO. ARGENTINA

Margarita revuelve la taza como si tuviera azúcar, repasa con sus dedos los cuadros del mantel con una paciencia que supera al reloj. Libera botones de su vestido dando lugar a que de su vientre brote su hijo, aún despeinado pero tibio. Lo apura en su último sorbo y el adolescente parte. La puerta todavía abierta delata el chasquido cómplice de los hombres que se cruzan: uno comienza, el otro termina. El mismo mantel. Margarita abraza a su marido hasta que él desaparece en su pecho. En su cuerpo infinito y cóncavo Margarita abriga.

ENIGMA

ROSANA ALICIA TORRES. ARGENTINA

Él estaba en el espejo. Pero el de afuera del espejo
no era él.

ABUELAS

MARIANA TRAVACIO. ARGENTINA

El niño salió apurado. Tenía que llevar esos remedios a su abuela antes de que oscureciera. Pero salió tan apurado que se enganchó la manga del abrigo en una rama del naranjo. El niño empezó a destejarse por el camino. Primero perdió el brazo, después el pecho, y el otro brazo, y ya iba perdiendo la cabeza cuando logró llegar. Abrió la puerta la abuela y no tardó mucho en comprender. Ya vengo, le dijo. Y volvió enseguida con sus agujas de tejer.

LA GRIETA

GABRIELA TRUPIA. ARGENTINA

Si la grieta se profundiza, de allá quedarán la veterinaria, el almacén de Pracchia, la biblioteca popular, la farmacia. De acá, la carnicería de Luis, la tiendita de la muchacha sorda, el taller mecánico de José, la escuela de danza. Mi perro morirá por falta de vacunas. Mi abuela por la ausencia de medicamentos. Vengaré sus muertes bailando toda la noche con Muriel o preparando un convertible que logre pasar el abismo. Allá soñarán con un buen trozo de cuadril. Acá lloraremos por un blíster de aspirinas, una bolsa de arroz entero, leer a Kafka antes de dormir.

SIN TÍTULO

CAROLINA TUBIO. URUGUAY

—La revolución es otra cosa— dijo la muñeca de trapo al soldado de plomo.

Y así comenzó a desilacharse, para que todos los juguetes se fugaran trepando por ella.

EL CONEJO

CAMILO ANDRÉS VALENCIA DEVIA. COLOMBIA

Abre sus ojos, el conejo sigue en el mismo lugar, mirándolo fijamente. Presiona sus párpados con sus manos, abre nuevamente y, aunque borroso, el conejo sigue ahí, ojos rojos, pelos blancos, largas orejas, guantes en las patas delanteras y un cuchillo. El cuarto está cerrado, intenta gritar pero no logra emitir sonido, golpea las paredes en busca de una salida, mira al conejo, el conejo lo mira, no mueven un músculo, de repente se lanza para atrapar al conejo, pero no está. Su madre lo observa por esa ventanilla que muestra mundos de paredes blancas que no comprendemos.

CLIC

SARA VALERO CAMEO. ESPAÑA

Se oyó un clic, clac cuando abrió los ojos. Se oyó un clic, clac cuando miró alrededor. Se oyó un clic, clac cuando miró hacia abajo y vio su tutú brillando en la sutil penumbra nocturna. Se oyó clic cuando quiso mover sus pies anclados a la pequeña cajita de música. La puerta chirrió al dejar pasar a una pequeña niña que corrió hacia ella e hizo girar la manivela. Clic, clac se oyó bajo la dulce melodía que hacía girar a la bailarina, aterrada y presa de las notas.

EL HOMBRE DE LENTES REDONDOS

ROBERTI VARGAS. COLOMBIA

El hombre de lentes redondos, jeans y cabello largo, sacó del estuche negro su guitarra y se puso a cantar en el bar. Un uniformado que entró después, desenfundó su revólver y mató por matar al cantor. La corte de suprema justicia declaró inocente al uniformado, porque todas las versiones de los testigos, afirmaban que el hombre de lentes redondos, jeans y cabello largo, desenfundó primero.

LA PESCA

JOSÉ ALBERTO VATALARO. ARGENTINA

Tanto demoró en recoger las redes que su bote se
perdió en las montañas.

EL COLECCIONISTA.

EDUARDO VÁZQUEZ ISLAS. MÉXICO

Antes coleccionaba sonrisas, tenía tantas y tan iguales todas que ya no sabía a quién pertenecía cada una. Amigos a los que no veía, editores que no llamaban y mujeres a las que mi amor no bastó. Dejé de coleccionar sonrisas... ahora colecciono dientes.

ESTACIÓN EQUIVOCADA

CARLOS ENRIQUE VIDELA. ARGENTINA

Nacieron las mariposas. Empezaron a volar, pasaron por valles floridos, pero a todos los subestimaron. Llegaron a uno muy acogedor. Se posaron en él, comenzó a nevar.

GUILLOTINA

ROGER DANIEL VILAR FERNÁNDEZ. MÉXICO

José tenía una palanca que hacía funcionar una guillotina. Pero no estaba la maquina. Se durmió y vio la guillotina. La cabeza de José estaba en la parte de abajo. Al descender, la cuchilla lo decapitaría. Sin embargo no había palanca ejecutora. Despertó y la palanca continuaba a su lado. La guardó bajo llave. Pasaron 50 años en los que el sueño se repetía. Pero él estaba tranquilo: nadie tenía la palanca. En el año 51 alguien forzó la caja fuerte y robó el objeto. El ladrón dejó una nota: te espero en la noche.

BAGRE

ALFREDO VILLANTOY WARTHON. PERÚ

Hace casi cien años que había llegado al pueblo y alguien lo llamó «Bagre» en alusión a sus prominentes bigotes. Desde entonces, su descendencia llevó ese apelativo, aunque algunos no tenían ni un solo pelo en la cara. El último de los «Bagre» es un chico de ojos celestes, casi plomos, redondos; es un nadador excepcional y, lo más curioso, tiene una prominente aleta dorsal.

DIVORCIO

ULYSES VILLANUEVA TOMÁS. ESPAÑA

Un hombre y una mujer se citaron un día de lluvia en una plaza desierta. Los dos venían acompañados por sus abogados que harían fielmente de padrinos. Cada uno abrió su maletín ante la mirada impasible de los adversarios. Dentro estaban las armas elegidas para el duelo: ella un chupete azul claro, él un sonajero. Se dieron la espalda y caminaron diez pasos en línea recta, se giraron violentamente y lanzaron con fuerza sus objetos contra el otro, pero ambos cayeron casi ingravidos sobre los charcos y se fueron hundiendo poco a poco en el agua hasta desaparecer.

INMINENCIA

PIOQUINTO ABRAHAM VILLATORO HIDALGO.
GUATEMALA

Exprimía el último dátil bajo un corro atento de
buitres.

IMAGEN PIXELADA

VIVIANA ANDREA VINCI. MÉXICO

—Hasta chocar contra una pila de maderos astillados, ¿o eran desconchados?, dudó Eduardo. Con esa frase finalizó el relato sobre un hombre que se convierte en cucaracha o escarabajo o hámster ruso. Le daba igual. No era Samsa. Desconocía la nitidez de la sutileza.

¿QUÉ ARAÑA?

BELÉN WEDELTOFT. ARGENTINA

Si tienes una araña y le arrancas cuatro de sus ocho patas tendrás una araña de cuatro patas. Si le arrancas dos, tendrás una araña de dos patas. Si le arrancas esas dos tendrás una araña sin patas. Si luego la aplastas y la arrojas por la ventana ya no tendrás araña. Podrás fingir que nunca tuviste una araña. Que nunca existió tal araña de ocho patas sobre la mesa de tu cocina.

NO HAY NADA

MARTÍN ALEJANDRO ZABALA. ARGENTINA

En ocasiones me pregunto quién vive bajo mi cama, de qué son esos ruidos como de japoneses preguntando direcciones. A veces imagino que allí duermen los objetos que he encontrado y algunos perdidos que no han sabido dónde quedarse. Zapatos o la mano de un maniquí en un perpetuo gesto indeciso. No tengo valor para mirar. Solo dejo mis ojos en el techo, viendo cómo las manchas de humedad palpitan, como un viejo corazón que se niega a detenerse.

LENGUA INGLESA

ASHES AND LEAVES

RAEWYN ALEXANDER. NUEVA ZELANDA

She ran from scandal to New Zealand, then married again. But Carolyn caught Bill whispering into his phone, «O darling...» Another cheater. Carolyn expertly made pain flare, then rampage. Fierce red like the house fire she'd left him fighting, sunset in the rear-vision mirror. She gripped the wheel. «Never again,» (would she fall into some wild affair ending in charred ruin). At the roadside, broad-shouldered with his thumb out. Carolyn stopped. The stranger got into her car. «Hi. Thanks f'the lift. What're those trees in the back seat for?» «Guess.» She smiled. «Hot.» He grinned.»Need a hand?»

The beach house fit between his thumb and forefinger. They paddled at seaweed, away from the famous neighbors and his glass, diamond inlayed vanity-eye. She could see that his gash possessed the colors of polluted clouds. A pelican dived close by. It looked suicidal. The landscape, pristine. The leisure, something to strive for, always. She hoisted her oar and dug into the ocean as if it gave raw gold. Perhaps too hastily since, in a moist blink, they were back on the shore. It's like whatever he said and whatever they did together was done with one giant wink.

TRIGGER HAPPY

DANIELLE ALLEN. REINO UNIDO

‘Bang, bang bang! You’re dead!’ Joe shouted at his big brother. David writhed in mock agony. ‘Argh! You got me! I’ve died!’ David advanced, hands primed for tickling. Joe stood, giggling. Raising his weapon, he pulled the trigger again, ‘Bang!’ Joe jerked. David fell, landed hard on the carpet. Grin fading, Joe dropped Daddy’s toy. It cracked his big toe as it landed. He hid for hours. The funeral was noisy. Mummy looked at him funny. Daddy went away not long after. Eight years later at the age of twelve, drowning in guilt, Joe joined his brother.

MARTIJN BENDERS. PAÍSES BAJOS

I love women that look like old books, smell like chewed pencils. They remind me of my childhood drawings. One day I'll marry one, and grow old. I will die and they will stuff me in a box, much like i used to stuff toys in one of my magical cabinets. They will fold my hands on my chest and it will look like i'm flying into myself. Someone will forget an umbrella at my funeral, in the late church light it looks like a moth. Poor moth, poor angel. We can only help it by turning off the light.

THE PINWHEEL

SALVADOR BOCALETTI RAMOS. BRASIL

It was a beautiful summer Friday evening. Peter was brisk walking home from work. He cut through the park, dodging the young couples and the kids, but not their toys (he crushed them with his feet when necessary). At some point, he saw a sculpture: it was a motionless pinwheel, made from solid steel, firmly fixed on the ground. Peter stopped in front of it and frowned. He blew the pinwheel and started to laugh, shaking his head in disapproval. Suddenly, Peter whirled twice in the air, upside down and fell on the ground, all messed up.

RORY BOUFFE. SUDÁFRICA

She awoke in the passenger's seat of the zooming red convertible, her hair thrashing in the wind and the golden coastal light showing red and warm through her eyelids the moment before they opened. Beside her was the man, and she loved him. She knew only that golden light and the red car and this lovely stranger, and that this was just a dream. They spent the day together, not saying a word, and when the sun dipped below the horizon she cried and smiled knowing that she was the dream and he the dreamer.

SPIDER

ERIC BURGER. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

It was hot. The boy collected maple leaves. He removed them carefully from branches, arranged them in a grid on the lawn. His mother, who had esophageal cancer, watched from the quiet of the breakfast nook, behind a double-pane window, her feet cold in the rush of air from the vent. Her husband slept upstairs. The boy had been making grids for weeks: dimes, Matchbox cars, dead leaves, live leaves. She knew why. She didn't know if it was good for him. A spider drifted down from the ceiling, through a hundred years, so slowly.

She found herself in the dimly lit ballroom, amidst a shallow sea of darling aristocrats. The gleam of orange light streamed from the delicate iron fixtures that hung from the ceiling, and glinted off the gaudy jewelry that dotted the crowd. Her away, gazing at the crowd, resting in a velvet chair hidden behind a column. Her chin, it rested on her alluring fingers that were curled; as her thoughts. She found the colors and swirling motion of light a pleasing picture to watch; a sea of transforming opulence. She patiently continued to wait in the shadows.

Bullets whistled through the air and bombs rained down around her as she stumbled through the alley. Instinct said run, but her conscious mind was more reasonable. She was dreaming again, and she had to wake. She scanned her surroundings until her eyes found what she needed. She ran for the muddy river and dove in. Gasping, she jolted awake. Her throat was raw from screaming, and her body ached. She stumbled into the bathroom and turned on the sink. As she stared at the shattered woman in the mirror, the sirens began. The bombs and bullets weren't far behind.

He finished digging the grave and straightened, swiping sweat off his brow. The old man was not yet dead, but a freeze was coming and leaving him unburied was unthinkable. He had come to the house as a thief but had found nothing worth stealing, just a forgotten old man on his deathbed, alone. Seeing there was nothing to be done, he had settled in to wait. The old man was nobody to him, but must have been somebody to someone once. And so the thief waited, patiently, to fill the grave that somebody had not been there to dig.

Pa and Uncle Buddy haul my friend onto the table. Buddy licks his lips. I take the knife, frown. «Hell, I'll do it,» says Brother Billy. «Never liked Randy anyway.» «No,» Ma scolds. «Steven's the oldest.» Dad shoves me forward. «Warned you not to get friendly. Be a man.» A man? I'm twelve. Poor Randy. Just yesterday, we were playing tag in the barn. Uncle Buddy grins. «Go on! Stick 'um!» Is that drool on his chin? Fine. I plunge the knife into my friend. «White meat, or dark?» Buddy lifts his plate. «White. And pass the gravy.»

When I saw Fat Ernie, The Cop, leaning on the counter talking to Old Man Goldsmith, I decided I'd skip my usual ritual of palming a bar of halvah into the pocket of my black leather jacket, and I headed for the door of the deli for a clean get-away. I was cool, see? As I opened the door, jingling the bell overhead, Old Man Goldsmith called over to me, «Hey, Kid. Aren't you going to take your candy today?» I was only nine years old, but learned my lesson. Never steal anything small.

ALEXIA DERBAS. AUSTRALIA

I put down my book and saw a man drinking from the fountain. He was trying to keep the bursting plastic bags he was holding away from the stream while pushing the tap down. He walked away with a wet chin and neck, bones tight in his skull. A child ran up to him and told him something. The man listened, nodded and talked until the child was dragged away. I watched him become a tiny ant and then disappear. I dog-eared the page I was on and examined the trees around me, shaped by strong winds.

UPRISING

NATHAN DODGE. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Behind the wheel, Harry grunted. «Traffic stopping ahead.» «A wreck?» Martha asked. Harry leaned out the open window. «Naw. Construction—a lane is blocked off.» «It's the same on Main Street. Whole city's under construction. I've never seen so many traffic cones.» «I'd swear they reproduce at night.» Martha whacked Harry's shoulder. «That's a good one.» «Odd,» Harry said. «I know they put reflective coatings on those things, but I'd swear some are glowing.» Martha snickered. «Don't be silly, Harry.» ***** The word went out quickly, silently. «Some begin to suspect. Start the revolution now.» End

ASHES

BILL ENGLESON. CANADÁ

He brought his father's ashes to the Island a few days after the cremation. They were stored in a small cardboard box, as neither he nor his father were extravagant men. His father would have balked at paying for a costly urn. The ashes sat on the paint shelf in the tool shed for a couple of years. He had almost forgotten that it was there. Then his elderly cat got sick and died. He buried her near the shed. He lovingly sprinkled his father remains above the cat's grave and recycled the box.

DALE ESTEY. CANADÁ

The old Rabbi moved on his bed. The young man raced over. «Yes, Rebbe?» The old Rabbi opened his eyes, showing the cast of death that has almost consumed him. «Ka...» he groaned. The young man had been told the dying Rabbi would never regain his senses. He leaned closer. «What do you want?» The old Rabbi struggled for breath. The young man gazed at pallid features and clouded eyes. «What can I do?» He put his ear over the gaping mouth. «Ka... Ka...» One last ragged breath, a hollow whisper. «Kafka died for your sins.»

YOSSI FAYBISH. BÉLGICA

He snapped. Like a dry twig. You may even say he heard the sound his mind made. Snap! He went to a pawn shop to buy a pistol. «Which kind?» asked the owner. «The kind with bullets,» he answered. Then he sat in front of the oil company's offices, waiting. At 04:46PM he identified the GM exiting and barred his way. «Did you watch TV last night?» he asked, imperious to the aged man's incomprehension. «You should have had,» he said, raising the pistol and pulling the trigger, images of pelicans drowning under layers of liquid sooth invading his mind.

«Sure is quiet,» Charlie said. They stopped and listened. It was quiet. Not an insect buzzed, not a bird chirped, not even a leaf rustled. Never has such a peaceful and serene moment ever been so absolutely filled with terror. The boys were taking tiny steps while leaning onto each other. Both were expecting the unexpected. «What is there to be scared of,» Jack asked. «I don't know but I sure am scared of it,» Charlie replied. Still they went on. After what seemed like the rest of eternity but was really only like three minutes and nineteen seconds....nothing happened.

KATE GUNN. IRLANDA

They shot him in the sunshine as he marched proudly down Garvaghy Road. The barrel of their gun met with the barrel of his drum and their married boom resounded in harmony around the grey stone walls. Ma said he was a fool. She had seen it coming years ago. But she still cried when she hung his orange sash across the shiny black coffin. Tom Sweeney from my class was the only Catholic to attend the funeral. He stood behind me throughout, his warm breath heating my neck, melting away the hatred.

KATE HAYFORD. AUSTRALIA

On her birthday, the princess was given a golden songbird with eyes like jewels, but it drooped its head and would not sing. Each morning she had its cage carried into the garden, that the company of other birds might lift its spirits. These birds had black button eyes and snuff-brown coats, and even their singing was raucous, but they flitted over the garden streams with a queer grace, their wingtips tracing silver arcs on the water's surface. The princess came to watch the water dancers long after the songbird's cage was empty, its gilded gate swinging on nothing.

BENJAMIN HURLEY. AUSTRALIA

Her dollhouse is full of ghosts. On a posted bed in the master bedroom, a doll lies facedown with a pillowcase pulled over its head, its dress balled up tight and kicked behind the dresser. A pattern of cigarette burns conceals its gender. Another is sprawled at the bottom of the stairs with congealed sauce for blood ballooning out from the skull. A shoebox garage sits beside the house. Inside is a covered crib with babe and a matchbox car with its engine running. This is her favourite game: to set dolls free from their tiny houses.

NNAMDI IBEANUSI. NIGERIA

The first time my dead brother visited me I was sitting on the steps leading up to my home with a bowl of rice balanced on my knees. We talked like old friends and when I told him that his wife sold their home and remarried, he laughed hard and slapped his thighs. Then he turned to face me: «Let's play some chess». I ran into the house to retrieve the chess board but when I returned he had left. The next day I sat in the same place, chess board balanced on my knees, waiting for Karim.

AFTER THE REVOLUTION

LUIS KATIGBAK. FILIPINAS

After the revolution, I asked my father if everything would be different now. He smiled and said nothing. TV and the newspapers told me the world was happy for us. My friends and I returned to school, hearts lifted. We studied, graduated, grew up, went to work. The old fears, of uniformed men at the door, of being caught out late at night, had faded, replaced by fears of a less organized and directed violence, and a pervasive tiredness. I asked my father if we needed another revolution. He said nothing and smiled.

WE NAMED HER TABITHA

ERIN KIRSH. CANADÁ

We bought a pine from the nursery when we learned I was pregnant. We planted it in my mother's yard. She served homemade lemonade in icy glasses. The whole family came to help, grinning, hugging, shaking hands. We took a picture of all of us using the camera's timer. Mike and I held our shovels proudly, like an elated version of *American Gothic*. When I gave birth to a beautiful, stillborn girl, we buried her under the pine tree using the same shovels. There was no lemonade. There were no photos. Nobody even came out.

FLEUR KILPATRICK. AUSTRALIA

Let's dance badly. Let's kiss ravenously. Let's take a taxi to your place before we think to ask names. Let's fuck drunkenly then try again the next morning. Let's get breakfast shyly and lunch enthusiastically. Let's meet the parents prematurely, glow sickeningly and swoon publically. Let's have an autumn wedding, two matching seats for our last remaining grandparents in the front row. Let's divorce messily five years in. Let's hate for as long as we loved then let's get coffee on a Tuesday and be surprised how empty the air between us is. Let's change partners and dance badly.

BURNT LIKE BEACONS

GREGORY KOOP. CANADÁ

I sat, my bare breast offered for Jesse's shattering cries. His eyes closed. His trembling fingers softened to hold me. He purred. Dad's smoking room--toilet, sink, towel rack with one towel and one Bo Derek Playboy, edges curled--had a burnt-out light. I remembered washing the walls once, but swirls of tobacco-brown memories stopped me. Gentle rapping came upon the door. «Can you believe them?» I said. John opened the door, knocking the sink. «Does it matter?» Then he draped the crusty towel over my breast and Jesse's face. «Your mother wants to know when you're serving cake.»

JACOB LAGERROS. SUECIA

When I taught in a primary school, one girl had a speech disorder causing her to add an extra «l» to words. As the other kids teased her for eating «carr-lots» and watching «airl-planes», she eventually stopped speaking. So I decided to pass her little notes with words, and she was soon passing me perfectly spelled ones back. Finally she gave me one that just said «Thank you». «It was nothing» I blurted out loudly, forgetting our secret, «I just gave you a word». «No» she answered and shook her head, finally speaking. «You forgot an 'l'».

UNRIPED

FRANCINE LIPINSKI JUSINKAS. BRASIL

Molly Finnegan was under the lemon tree. Spying on him had been being her most exciting activity that winter. Until he caught her in the act and signaled her to wait. And smiled. That was definitely smiling. He ran stumbling down the stairs, crossed the road and asked her for a lemon, stammering that he had been willing to ask since spring. She widened her eyes and looked up to the bare tree. She harvested it. It was intense green, perfectly round... and bitter. Molly Finnegan gave Leonard Owen the bitterest and most beautiful lemon of the tree.

MATH STINKS

JOYCE LLEWELLYN. CANADÁ

No other kid on holiday in Kō Samui has to do math homework. My parents are jerks and the card players beside me are really loud. They sure have lots of tattoos, sort of like the guys in that Jackie Chan movie. They yell every time they slap down a card. The old guy sitting at the head of the table must be their father 'cause no one argues with him when it's his turn to add stuff up. He keeps grinning at me. I guess he's happy to see someone else doing stinking math.

CHOOSING HOBSON ON BOXING DAY

FRANCIS LLOYD. REINO UNIDO

I wandered down to the bar of the Bull for a pint, a sandwich and a spot of people watching. In walked a young man with a sad-eyed Labrador. He pointed and the Labrador obediently went and sat under a table. «Pint, please Ron,» he ordered. «No Jenny?» «We've split.» «When?» «This morning, we took Hobson for a walk along the canal. I kicked his ball and it went into the water, Hobson jumped in. Jenny forgot to let go of his lead.» «She left you for that?» «Not really, I rescued Hobson first.»

One night we drove to Treasure Island just to drive, smoking menthols and talking under the lights of the city. We preferred to burn in the dark. We collected in spaces that opened up to hold us, danced in the shifting haze of sounds. Big jeans and color streaks and skin that felt like sex. Later we tested couplehood and cooking skills. Later news came from screens. Fathers killed by thieves, children by disease. Marriages razed. But once we floated on rocks. Once we were the closest I've felt to freedom. Swearing, Say the word. I'll be there.

CHRISTOPHER MURNAGHAN. REINO UNIDO

I'm being stalked by a crazy woman. She's a calculating fanatic. Every time I go to my local pub she runs behind the bar and pretends to be a barmaid just as an excuse so she can talk to me. She even follows me down the street, but she does it in this really clever way: walking seven or eight yards in front the whole time, so not to be rumbled. She's obsessed! It's starting to go too far. Last night I caught her spying on me from her bedroom while I was sitting in the bushes, trying to unwind.

JOSEPH MACHARIA MWANGI. KENIA

There was a brown and beautiful mangy dog that loved our neighborhood. We loved her and we fed her leftovers when she came. At night, she barked when strangers passed. One day, she came running and barking with her mouth pointed to the sky. She fell on the ground writhing and biting herself in pain. She was bleeding. One neighbor shouted «Bitch has Ebola!» We panicked and threw stones her. Before she died, one big stone hit her stomach and two beautiful puppies popped out. They were dead. One person shouted; «Bitch was only in labor!» We slowly turned away.

PING PING

GEORGE NEARON. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

The lonely old woman hears the ping ping of the traffic light and tap taps her red and white cane on the curb. Then onto the street a few inches below. Cautiously...slowly... tiredly... so very tiredly she tap taps the cane and steps down. Bravely tap tapping her cane in front she inches away. The rushing crowd passes her by, oblivious, focused on other things, focused on themselves, not a bother for a lonely old blind woman. Her cane falls from her hand. She stands there in the street... she trembles, she listens, she awaits. Ping, Ping.

LYDIA NICHOLSON. AUSTRALIA

Mischa drinks to the dregs and finds a huge glob of sediment at the bottom of his glass. It's deep red, almost black – like a blood clot, the still-beating heart of a sparrow. He looks up to show his father but his father is miles away, staring blankly at the now bare walls. He looks sad. And old. And small, in a way he's never looked before. In an instant Mischa puts the glass to his lips and tips, pouring the bitter bloody mess into his mouth, feeling it pulse as it slicks his throat on the way down.

ALAN

SOTOS OIKONOMIDIS. GRECIA

A pebble skimmed gracefully through a field. Every rolling bounce brought it closer to the pristine surface of the Lake. Once a hulking boulder, splintered and menacing, it now possessed a charm few pebbles could boast. It belonged in the Lake, and the few millenia of waiting would soon be proven worthwhile. The pebble edged towards the mirror-like surface, smooth and swift, ready at last. Only to tap against a tree with all its momentum and fall on the grass with little grace. It was fine. The pebble would wait. It was fine.

KANGANA PANDIYA. INDIA

She was pregnant. He was unhappy. She said they'd be alright. He had to disagree. They had begun bickering. She wasn't showing yet, now was their chance. She could just kill it. A safe, simple abortion. He'd saved enough for that. Not enough to raise a kid. She said she wanted the baby. It was their baby; it would make her happy. Her parents would support them she said. They loved her and they would understand. He laughed. She was naive. She behaved her age.

KATHRYN PHELAN. IRLANDA

That morning we ran eight miles on the shore. He died: trailed by 200 meters, panting like a rabid gorilla. In the pub he extolled the run with a flippancy his lungs didn't earn him, until the Merlot prevented linearity in either his thoughts or his stride and we wobbled back to the hotel (honeymoon suite, by accident). He took off his pants, blamed the wine. I was 24 and it was never the wine and the honeymoon suite would one day be on purpose. This is how I talk about him. He is the eight-mile run I died on.

SARA JAYNE POLETTI. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

No symbolism! she begged. No similes, no creative punctuation. Just give it to me straight. Nothing is like anything, but everything is like something and right now I need concrete. And so I told her how on the subway that morning a man with a large paper giraffe sat in front of me. He stared at my breasts. The giraffe wilted in the stuffy summer heat. Oh Christ, she said. Not another penis metaphor.

BARRY LEE THOMPSON. AUSTRALIA

I'm following my routine for the final time. At the restaurant, the old woman is making dumplings. Her face is stone, as usual. Her daughter rushes over with the menu, but I already know what I'm having. When I pay the bill, the daughter says, 'See you again tomorrow.' I hesitate, my hand on the door. 'I'm flying to Mars tomorrow,' I say. 'I can never come back.' She stares. 'Mars,' I say, pointing up. She smiles. At the street corner, I look back. The daughter is wiping my table. Her mother is making dumplings.

A SOUND

DAVID-JOHN TYRER. REINO UNIDO

What was that? What do you mean you didn't hear anything? There was a sound. Um, I dunno, a sort of slithery sound, I guess. Over there amongst the trees. No, don't go take a look. What are you, nuts? That's how people always get killed in the movies. Of course, I know it's not a movie, but why take risks? Come back! Well, see anything? Well? You still there? Quit fooling...

NEHA SHRIVASTAVA. INDIA

How was it, to die of Hunger? Jineya wondered. She didn't think dying was such a problem. To stay alive, they had to eat. To eat, they had to maintain harmony. Rule in their house. «Don't fold the elbow to eat, today», Mother's strange new rule. How can one put a bite in one's mouth without bending the elbow? Discord, no bread. So, concord but confusion. Mother smiled. Took a piece and put it in Jineya's mouth. Her hand was straight. Jineya took another and put it in Janeshaan's mouth. The game began. And so did the laughter.

RANDALL SILVIS. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Wanted: Loving mother for lonely girl, nine years old. Must be kind. Must not swear or hit. Call 689-555-1627 before four p.m. weekdays. If woman answers, hang up.

DAVID SINCLAIR. REINO UNIDO

The sea licked the beach, the sand thirsty. Dave stood soaked to the bone looking up at the palm tree. 'Third time lucky,' he said aloud. Grabbing the trunk tightly he edged his way up the ridged bark. He had been ship wrecked for two days and was starving. He neared the top and it happened again. The coconuts moved away from him. 'Not again,' he moaned. The thick trunk began to bend over, cracking to breaking point and sprung back throwing Dave fifty feet into the sea. The tree laughed to himself, 'Idiot.'

NANCY

CHRISTINE STOCKE. PAÍSES BAJOS

A seventy-three-year-old Floridian woman who, sometimes, dresses as a cat. The rest is more difficult to describe: If there's a bluegrass concert on the beach, go. Bring a lawn chair. If the condo's Halloween party lasts the night, stay. Sing along to the squeeze box. If you meet a young woman who looks out of place, invite her to your table. Offer her Chardonnay. If an ambulance arrives, explain it must be Rose. Run to Rose's apartment. If you see the girl below, with her hands in the air staring up, wave. Cry something that lands at her feet.

MOON THEFT

JAN STRADING. AUSTRALIA

The neighbors were angry. 'You've taken some of our moon,' they said to a man from the next village. 'It's smaller.' Before the man could reply, the neighbors cut him down. The next night was the same. 'You've taken even more of our moon!' they shouted across the valley. 'It's nothing but a slither in the sky.' One by one, men fell like old trees. With the fresh tides came a new moon, yellow bellied, full and fat. The neighbors felt foolish and squirmed under its light, but the damage was done.

BETH MERINDAH THOMPSON. AUSTRALIA

The first post mortem I ever performed was on a man who looked like my father. His brow was the same, heavy and cracked by sixty-two summers. He had the same arched nose; the same soft waves of 'Indian hair'; the same round jaw framed with grey whiskers and split like an over ripe mango by fat liver coloured lips. He had the same brown skin as my father; but blood burned my fathers skin bronze, this man had faded to the shade of roast breadfruit. I held his cold heart. «This is not my father,» I said before falling.

BEV VINCENT. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

A woman came to my door one evening. «I want you to find out who I am,» she said. I invited her in. We sat in front of the fire and I asked her questions and listened to her replies. We talked in the kitchen as I prepared a meal. I said she should pick the movie we watched. Afterward, in glow of the flickering flames, we discussed what we had seen. We repeated this for the rest of our lives. In the hospital, as her breathing slowed, I whispered into her ear: I know who you are.

OPPOSITE SIDES

BEVERLY VINCENT. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Every day, two men stand on opposite sides of a wall and throw rocks at each other. With each hurled stone, each man says, «I hate you.» However, because the wall is so high, the men never strike their targets. At the end of the day, the man on the north side goes to his warm home, his wife and two daughters. He falls asleep in a place filled with love. The man on the south side returns to a cold, empty house, where memories from the past reverberate in his mind.

HUBBA'S THE WORD

KENTON YEE. ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

I suspect I'm dreaming. Why? Strangers hubba when I approach. I swing and they hubba. I flap and they hubba. I feel I should wake up and whoosh. But I don't know. Whooshing leads to whizzing and whizzing can be harsh. I'm not ready. I need a sign. So I just hubba.

EDMUND ZHANG. SINGAPUR

Two hours up in the air, an hour more to showtime. The plane full of asleep passengers just hums forward, and I fish out my pack of cigarettes. I light one up, and close my eyes. «Aren't you banned from smoking on planes?» The guy beside me questions. The flight stewardess just walks past us down the aisle, not even looking at me once. I shrug at the guy, and offer him a lighted one. «Must be our lucky day.» I smile, and look at my watch. Fifty more minutes to it. The big boom. I snicker, «no, it's not.»

LENGUA ÁRABE

«Entre los dos lados de la paradoja empieza nuestra vida», Maisun se acordó del eco de las palabras de aquella voz que le pide no salir de las fronteras, ella no estaba conforme con la manera ilegal con la que iba a dejar su patria, pero este camino se recomienda por la rareza de hacer explotar los autobuses de pasajeros que pasan por él. Llevó muchos libros y dejó otros con dedicatorias de los más importantes escritores y autores... todos se quemaron por la bomba que cayó sobre la casa. ¡Ella ya no se acuerda de los títulos de aquellos libros y ya no se acuerda en qué planta estaba su piso!... todo lo que estaba recordando era que pasaron largos días en Ramadán durante los que hubo en el mercado sólo manojos de perejil y algunas velas para que la gente tuvieran luz después de cuatro días de haberse cortado la electricidad.

EL FETO

NAHIL ABU HAMEDH, PALESTINA.

Dentro de la oscuridad deprimente estaba dando golpes con mis pies todavía no desarrollados completamente, daba golpes contra este saco acuoso que me contenía y que odiaba, odiaba la oscuridad y anhelaba la luz, deseando que los dedos de mis pies se desarrollasen con rapidez, que mi pelo apareciera en la cabeza rápido, escuchaba los susurros fuera de este muro de piel, todos me esperaban con anhelo, ¡Pues que salgo más rápido de lo que ellos esperan! Di golpes con mis pies, seguí dando golpes, estaba escuchando los gritos de mi madre pidiendo ayuda a su alrededor, yo les escuchaba repitiendo que no era el momento determinado, pero yo estaba anhelando y tenía prisa, me dije no pasa nada si ella grita, que cuando me vea sonreirá, ¡Pero cuando salí incompleto, todos se pusieron ceñudos y me dejaron solo para siempre!

AHORRO

NOUR AL HARIRI, ARABIA SAUDITA.

El soldado estaba preparándose para lanzar la bomba lacrimógena contra los manifestantes, se acercó un poco a ellos, miró fijamente a sus ojos. Luego devolvió la bomba lacrimógena a su tubo y se dio cuenta que no hacía falta lanzarla contra ellos... ya que todos estaban llorando sofocados y sus ojos estaban rojos, se dio la vuelta volviendo hacia atrás, miró hacia arriba donde se encontraba su compañero francotirador, el francotirador también se dio cuenta que no hacía falta...

ALAA SABRA, PALESTINA.

El chico, que una granada le comió la mitad de su ojo y perdió la vista el día que estaba escondido en el regazo de su madre, no perdió el camino, después de diez años cada ciudad le vio haciendo una estatua de libertad para su patria.

Ella ocultó sus ojos hinchados detrás de unas grandes gafas de sol, no se las quitó a pesar de que el día estaba con un humor en el que no aparecía ni el sol ni la luz... había sólo lluvia fría de invierno. Nada le llamó la atención excepto un joven violinista, que hablaba con sus cuerdas teniendo un discurso lleno de tristeza. Ella buscó con sus ojos cualquier cartel que pudiera delatar que ella podía darle algo a cambio de este mundo que se le había inspirado durante unos instantes, encontró sólo un cajón de madera adornado, que delataba otro tiempo y un olor que no se parecía a ninguna otra fragancia que hubiera conocido antes. Puso sobre el cajón dos billetes de 10 dólares, y de repente paró de tocar... le devolvió los dos billetes empapados, luego levantó el cajón y lo abrió sonriendo... ¡estaba lleno sólo de cartas!

SOMNÍFERO

ABDUL KHALIQ, IRAQ.

«Maldita sea la guerra» dijo a sí mismo cuando estaba intentando pasar las fronteras con su mujer y sus tres niños. Dijo a su mujer «No hagas ningún ruido y asegúrate que los niños están dormidos». Contestó la mujer con voz ronca «Le di a cada uno una dosis de somnífero y no van a despertarse por ahora» Con mucho cuidado anduvieron todos bajo la orden del traficante de inmigrantes en la oscuridad de la noche intentando salir de las tierras sirias y entrar en Turquía. Después de media hora de silencio y rápida caminata dijo el traficante «Ya hemos cruzado las fronteras y ya estamos dentro de tierras turcas». Pararon todos y el padre respiró hondo, pero la madre estaba a punto de llorar, el marido volvió la cabeza hacia ella y la encontró llorando por su bebé que falleció a causa de la dosis de somnífero que había tomado.

¡MUNDO! ¡YA ESTOY LLEGANDO!

LINDA KAMEL, ARGELIA.

Sintió algo en la mano, algo extraño, se levantó aterrorizado «¿Sería posible que lo que había visto fuera verdad?». Su mano todavía seguía temblando intentando comprobar la verdad de lo que había visto en sueños. Puso la mano sobre la tripa para calmar un dolor que apareció repentinamente, luego desapareció con la bendición de su mano. No dio crédito a lo que ocurrió. Un niño lloraba delante de él y también estaba dolido, puso la mano con un nuevo intento para dar a sí mismo otra confirmación decisiva. Quitó la mano de la cabeza del niño, el niño se entregó al sueño. Se le quitó el dolor totalmente. Es la mano bendita de la que muchas veces escuchó hablar.

PATRIMONIO

YASIN ABU ALHEITM, FRANCIA.

«Por qué llevas tus zapatillas bajo el brazo». «Me han aconsejado ser rey¹» Me contestó jadeando, luego no tardó en seguir corriendo. Se le cayó algo. Él ya estaba más lejos del alcance de mi llamada. Me acerqué. ¿La zapatilla se le ha caído o el la ha dejado caer? Yo estaba a punto de alcanzarle si no fuera por una historia de nostalgia.

1 N.T. La palabra en árabe كفل يمكنها puede significar rey, bienes, control, dominio, propiedad... Se puede traducir esta frase por «Me han aconsejado para la propiedad» o «... para el dominio»

EHAB NECDET, EGIPTO.

Aquel puente de fabricación inglesa era un lugar con muchos acontecimientos y de muchas más historias, además de ser un simple puente largo de hierro para el paso de peatones encima de las vías del tren. Equipado con un techo de metal sobre el mismo túnel de paso y vallado con hierro y con cables parecidos, para subir y bajar. Brevemente, pero sin menoscabo, es una masa antigua de metal que permanece allí, pero se trata de una masa seductora con su silencio. En un día como este, en el que me empapaba totalmente el sudor, no tuve suficiente oportunidad para contemplar el puente por última vez, ya que paso cada día rápidamente por él para ir a trabajar.

Por supuesto, yo no quería ser una de estas historias, pero la bala, que vino de ninguna parte, fue la que decidió el curso de la historia.

LIBERTAD

IBRAHIM, ARABIA SAUDI.

Una voz discontinua viene por detrás de los muros... agudiza el oído, se mueve rápido: es el sonido de las hojas enfadadas... se acerca y la voz sube y sube, y las puertas se rompen: ya voy hacia ti.

«Entre los dos lados de la paradoja empieza nuestra vida», Maisun se acordó del eco de las palabras de aquella voz que le pide no salir de las fronteras, ella no estaba conforme con la manera ilegal con la que iba a dejar su patria, pero este camino se recomienda por la rareza de hacer explotar los autobuses de pasajeros que pasan por él. Llevó muchos libros y dejó otros con dedicatorias de los más importantes escritores y autores... todos se quemaron por la bomba que cayó sobre la casa. ¡Ella ya no se acuerda de los títulos de aquellos libros y ya no se acuerda en qué planta estaba su piso!... todo lo que estaba recordando era que pasaron largos días en Ramadán durante los que hubo en el mercado sólo manojos de perejil y algunas velas para que la gente tuvieran luz después de cuatro días de haberse cortado la electricidad.

HISTORIA DE UNA PROTESTA

SAMIR AL-SARIF, JORDANIA.

A la enferma que entró a la clínica no le confundió la factura del tratamiento, ni el trato de los médicos ni el de las enfermeras, ni el nivel de limpieza, ni la disponibilidad de medicamentos. A pesar de ello anunció su felicidad muriendo.

FECHA SECRETA

HOSSAN MAHMOUD ALI, EGIPTO.

Cada mañana, yo le veía cuando iba a mi trabajo. Dividía mis miradas entre su cara y el disco del sol recién nacido. Seguro que Dios creó a ese chico con medidas diferentes. Cuando me veía sonreía mientras que sus brazos sujetaban una maleta pesada sobre la espalda. Me regañaba a mí mismo: Tengo que acordarme de él por la noche. La mañana siguiente y después de que pasara, agitaba mi cerebro y volvía la cabeza: mañana pararía y hablaría con él. Soñé con él por la noche. En el momento del encuentro en una plaza amplia con un techo formado de las estrellas cercanas, puso la mano debajo de su túnica, sacó una cinta roja en forma de corazón y me la dio. Después de esto y durante días, meses y años me volví adicto en fijarme en las caras de los chicos. Nunca vino por el mismo camino.

ANILLO DE ALIANZA

AHMED ZAKI OSMAN, EGIPTO.

Me pasó por la cabeza una pregunta tonta: ¿Van a quitarle la alianza de oro de su dedo? Un pensamiento en mí mismo me dijo que la iban a dejar tal como estaba. Pero rápidamente cambió a la posibilidad de que quizá la iban a quitar para entregarla a su mujer o a su novia. Pero de repente me surgieron otros nuevos enigmas: ¿Por qué la alianza no sería de una mujer? La palma de la mano no delataba el sexo de su dueño, sea cual sea, un hombre o una mujer, y no se veía si la palma que quedó de un brazo, que voló lejos por el efecto de la explosión, era de una mano derecha o izquierda. Suavemente, intenté empujar a la multitud que competía por mi sitio y yo competía con ellos por sus sitios para tener mejor vista. Di unos pocos pasos hacia delante... y me encontré a un paso de una mancha de sangre que tapó la entrada de la iglesia.

SUEÑOS DESCUIDADOS

WAFAA ABDUL RAZZAQ MOHAMMED , REINO UNIDO

Rozó con el índice de la mano un arcén lleno de piedras y arena... Observó el brillo de los semáforos verdes... con su meñique transgredió unos sueños olvidados... Se iluminó el semáforo rojo... una mujer mayor paró para cruzar... en este momento, le pincharon a él piedras puntiagudas y durmieron en su seno. Igual que le pidieron disculpas los colores, pidió disculpas a un niño que tenía, porque no solía tener una nueva túnica en la mañana de la fiesta.

APROXIMACIONES DE UN ABUELO MATUSALÉN

ABDUL-JABBAR, ARGELIA.

Dijo el abuelo: Pequeños míos estáis viviendo en el bienestar, en el bienestar... antaño -antes de sesenta años- dormíamos medio desnudos bajo la luz de la única vela de la caseta... sin radio... ni televisión... ni juguetes... nuestra comida eran las migas del pan quemado... y nuestra bebida era el agua de la charca contaminada... nuestro tiempo era todo dolor... y vuestro tiempo es todo un baile... susurró el abuelo suspirando... Pasó el abuelo toda la noche hablando de sus historias apoyado sobre la estera ficticia de su abuelo... y los niños le estaban escuchando con interés... Khaled juntaba las migas del pan quemado... Luay estaba tumbado sobre su túnica desgarrada... Rabia derramaba el agua sobre su pantalón roto medio desnudo... El sonido del abuelo atravesaba solo el silencio de la caseta... sin radio... ni televisión... ni juguetes... ni tiempo.

LOS DOS BRUJOS DE LA CIUDAD

HALE ALMMABA, YEMEN.

Los dos brujos de la ciudad se acostumbraron a robar a la gente a través de fingir que son dos ángeles del cielo que ayudaban a la gente. Había un hombre conocido por su bondad extrema, y un día uno de los brujos habló con su amigo y le dijo: voy a tentar a aquel hombre bueno y robarle. Le contestó el otro: No hace falta intentarlo porque al hombre bueno es imposible tentarlo. Los dos hicieron una apuesta. El brujo se fue llevando la ropa blanca con la luz iluminando su frente y dijo al hombre bueno que le temió: No tengas miedo, soy sólo un ángel que vino a ayudarte, hombre bueno... Le contestó el hombre: Puede que no sea importante para usted ángel pero créame yo no hice nada en mi vida que merezca que mande Dios a un ángel para que me ayude.

TELEVISIÓN

W AEL W AGDY, EGIPTO.

Coges el plato de Molokhiyya² con arroz de tu abuela, te sientas delante de la pantalla de televisión, sigues el programa de los Pájaros del paraíso de Salwa Hayyazi, y la serie diaria. Te gusta esta Caja Mágica³. Deseas entrar en ella y aparecer en su pantalla, ¿Cómo no tienes conocimiento? Un día se pone la pantalla oscura, no aparece la imagen ni el sonido. Por la tarde, se presenta un hombre con una maleta llena de utensilios raros y piezas de metal que no sabes su utilidad. Te sientas a su lado, sigues el arreglo de la televisión -como te lo dijo tu madre- te extraña que no encuentres ni a la presentadora ni a tus héroes preferidos allí dentro, ves sólo trozos de cristal y polvo pegado en ellos...

2 N.T. Molokhiyya: sopa tradicional egipcia, hecha de una ortiga planta parecida a la espinaca

3 N.T. Caja Mágica: se refiere a la televisión

EL ANFITRIÓN DE LOS LOBOS

ALI SIBAI, IRAQ.

Un beduino que me encontré en el desierto de Ur... me invitó por la noche... comenzaron los lobos a aullar... empezó a mandar a cada lobo que aullaba una de sus ovejas... diciendo:-- no quiero a ningún hambriento cerca de mi tienda aullando.

LENGUA HEBREA

TAL ZAGREBA, ISRAEL

Peino el cemento. Corto las maderas. Construyo una casa. No es para mí. Para un desconocido. El salario es fijo. Un poco más alto que el mínimo. Y un apretón de manos. El dinero lo tiro a la basura. No lo necesito. Si lo usara seguramente me arrepentiría: compraré propiedades, encantaré una mujer. En algún momento se perderá. Va a haber una separación. Odio la ola de repulsión. No importa qué compres, va a tener una fecha de vencimiento. Odio cuando las cosas empiezan a terminarse. Me duele, físicamente. Me deja como un huérfano una vez tras otra. Por lo tanto prefiero tirar el sueldo a la basura. Lo que no es mío – no me lo van a llevar. No se terminara nunca. El apretón de manos me lo guardo.

Golpes en la puerta. Acerca su oído. Quizás el viento hace mover la puerta entre el eje y el dintel. Una campana de viento le responde con un campaneo tranquilo desde el balcón, y se agacha hacia el libro. El silencio se condensa por un momento, y otra vez, golpes en la puerta, suaves pero claros. Alguien pide entrar. Ella dobla un oído pequeño en el borde de la página, deja delicadamente el cigarro en el borde del cenicero, y va a abrir. En el umbral está parado el hombre que ama, en persona. Y en ese mismo momento, todavía entre sus brazos, ya sabe que la alegría clara que siente ahora va a ser la tortura de su vida. Inmediatamente sabe que en ese momento miles de desilusiones fueron sembradas en ella, y que desde este momento va a esperar y esperar e imaginar golpes en la puerta, pero van a ser nada más que ruidos del viento.

Lo encontré a Jacobo el Jazán sobre los escalones de la municipalidad. «¡Estupidos empleados!», escupió. Le pregunté cuál es el problema y cómo puedo ayudar, pero muy rápido me mareé con explicaciones sobre formularios y reglamentos sin lógica, tal como Jacobo en el laberinto de los cuartos de la municipalidad. «No te preocupes, ellos tampoco entienden lo que me han tratado de explicar», rugió. «Entiendes, es que ya han impreso los formularios así que tienen miedo que van a ver que la pila de hojas sobre la mesa quedó igual al final de día». Y se fue. Después de una semana lo encontré otra vez, está vez contento y brillando. «¡Empleados estupidos!» gritó. «Al final me dieron la autorización». «¿Cómo puede ser?» pregunté. «Me fijé en las mesas y fui a un empleado al que se le terminaron los formularios».

Se paró frente a la vidriera que brilló de nuevo por tan limpia que estaba y miró la nueva empleada, que cortó ramas y hojas amontonadas sobre el piso al final del día de trabajo. Su tercer día de trabajo como dueño del negocio. Un aplique en forma de rosa sobre el vaquero de la empleada le hizo recordar una tela marrón con diseño de pimpollos de rosa, y aquí está su madre, envuelta en un vestido barato de la misma tela, entrando con la cabeza medio inclinada, preguntándole al dueño enojado si se puede llevar algunas flores cansadas que se han quedado solas. «Para que terminemos la semana con algo lindo» sonríe avergonzada y pide perdón. Mira un colorido ramo de flores descansando detrás de la empleada ocupada, y piensa sobre su madre, cómo mañana traerá algo tan lindo a su tumba.

ROY LEVIN, ISRAEL

No logré escribir mi historia sobre la tierra – una jungla que no me inspira. Por lo tanto me lo llevé conmigo a un largo viaje en barco. Aquí estoy sentado a bordo con el cuaderno en mi falda, no molesto a nadie, fumo, pienso y escribo. Y realmente estoy a unos renglones de terminarlo. Pero el cielo azul, en un momento se pone gris. El buen viento se transforma en malo. La lluvia empieza a caer sobre mi cara. A bordo empezó un alboroto. Me apuro a terminar mi historia, sobre hojas mojadas y con letras temblorosas. Basta, terminé. Ahora lo meteré en una caja bien cerrada. Aquí el mástil se cae y golpea el mar. Nos dimos vuelta. El mar negro me lleva a su fondo pero no tengo miedo, porque sé que está protegido.

MOSHE PRIGAN, ISRAEL

En todas las pantallas mostraron una niña, en uniforme de ejército, sosteniendo entre sus manos una víbora y dándole un bocado. Un niño gritándole a un fotógrafo de televisión con un arma Kaláshnikova. Una niña cortando la cabeza de su muñeca. Un abuelo y su nieta acostados sobre el estómago en la calle. Charlan un poco hasta que se termine la alarma por los misiles. Han mostrado una pequeña niña tomando la mano de un hombre adulto. Abajo estaba escrito: recién casados. Mostraron también un niño trabajando con una pequeña picota dentro de una mina. Después entrevistaron al dueño de la mina. Estaba vestido con un traje elegante. Policías con clavos echaron a niños que trataron de acercarse al fotógrafo. El vendedor del negocio de televisores me dijo: «Mira qué claro, qué bien se ve.»

Mi abuelo tenía 30 años cuando las policías de la NKVD golpearon su puerta a la noche y lo metieron en prisión culpándolo de tener una «madre judía», y de haber mandado cartas a judíos ricos de Estados Unidos pidiendo ayuda económica para los judíos de Kiev, su lugar de nacimiento. Mi abuelo negó las acusaciones pero entonces el NKVD invitó a uno de los amigos de mi abuelo que era un hombre muy ingenuo y le contaron que mi abuelo había sido acusado de haber guardado en su bolsillo el dinero que le mandaron los ricos desde Estados Unidos, en vez de repartirlo entre los pobres de Kiev... El amigo de mi abuelo se asustó de la acusación tan grave e inmediatamente lo empezó a defender: «les juro que ha repartido todas las donaciones... les puedo dar una lista de todos los beneficiarios.»... Y así lo incriminó a mi abuelo sin querer.

JEFFREY ZUCKER, ISRAEL

Por las noches se para en las calles, repartiéndoles a desconocidos historias que escribió. A la chica con corazón roto le dará amor interminable. A un hombre que vuelve del trabajo cuando sus hijos ya están durmiendo le dará una historia sobre un padre maravilloso. Después cuando vuelva a su casa, se contará a sí misma cuentos antes de dormir, y en momentos de silencio se acordará de su infancia. Se acordará cómo se escondió debajo de la mesa e inventó cuentos de hada para hacer desaparecer los sonidos de los gritos, golpes y llanto. No va a poder dormir y va a escribir hasta perderse. Escribirá sobre un hombre romántico que pide leer su historia. A la mañana siguiente saldrá otra vez a la calle, y esperará que pase por su camino.

En un restaurante para comer carne se levanta una persona. Sus pies lo traen al centro del lugar. Se marea con los sonidos de la flauta, uno dos tres, piernas ligeras, determina el rumbo. Abraza su cadera constantemente, no hace caer sobre ella el peso de su cuerpo. Ella existe sólo entre sus manos, en un movimiento entre el presente y el pasado. «Cuando el delirio y la romántica llegan a un acuerdo,» dice el mozo a un gordo hambriento. Entre los que están sentados comiendo, una mujer joven se acerca a la sala de baile. Sin palabras, entra en el espacio, llena el aire con las memorias de su carne. No quiere su compañía, pero no le va a causar vergüenza. Ella es un poco torpe y él un poco viejo. Bailan. Para él la cercanía es insoportable, así como el calor de su cuerpo. Agarra sus caderas ligeramente hasta que ella se queda perpleja.

IV CONCURSO INTERNACIONAL DE MICRORRELATOS

Después de cuatro convocatorias del Concurso internacional de Microrrelatos Museo de la Palabra que convoca la Fundación César Egido Serrano, podemos decir con orgullo y humildad que el certamen se ha convertido en una referencia de proyección internacional indudable. En esta edición los relatos presentados al certamen han sido 35.609 provenientes de 149 países.

Estas cifras suponen un éxito indudable del que nos sentimos legítimamente satisfechos. Y no solo por el grado de participación o por que el premio suponga el certamen literario mejor dotado por palabra del mundo, sino porque la participación masiva desde prácticamente la totalidad de países de nuestro planeta supone también que hemos alcanzado los rincones más recónditos en los que depositar el mensaje de la Fundación César Egido Serrano: la esperanza en la palabra como la única forma civilizada de solventar los conflictos que puedan surgir entre los humanos.

